







# **COLECCIÓN PÍNFANOS**

VOLUMEN 3

LA PITRACA

Madrid



*En recuerdo y agradecimiento a todas las personas e instituciones que, a lo largo del tiempo, hayan contribuido con su cariño, esfuerzo y dedicación a que el hecho de ser pínfano no fuera únicamente una desgracia.*

© *De los autores indicados en cada relato*  
© *Imagen de la portada: Fernando Lazo Payo (Zoyo)*  
*Editado por la Asociación de Huérfanos del Ejército*  
*Recopilación, diseño y edición: Santiago de Ossorno*  
*Primera edición: Octubre 2013*  
*Revisión: 29 de abril de 2023*

PRESENTACIÓN .....	7
RELATO NAVIDEÑO .....	11
CARABANCHELES.....	23
RELATO DE UN PÍNFANO .....	23
SANTIAGUIÑO.....	39
LOS MATA CABRAS.....	43
VISITA A ARANJUEZ.....	52
AÑORANZAS NAVIDEÑAS .....	70
GUARDIA A FORMAR.....	91
LA FOTO .....	95
EN UN INSTANTE .....	113



## PRESENTACIÓN

Desde el instante mismo de nuestro ingreso en el colegio de huérfanos quedábamos marcados para siempre por una serie de hechos y palabras que, sin saberlo por entonces, nos acompañarían durante el resto de nuestras vidas.

Basta nombrar cualesquiera de ellas, tanto da pínfano, trapillo, pitraca, aspirino, pava o iqueo, queo! para que un caudaloso torrente de recuerdos infantiles y juveniles inunde de una nostálgica luz nuestra memoria.

Cuánta razón tiene la frase anónima «los acontecimientos, cuando no se escriben, no se cuentan o no se recuerdan es como si no hubiesen ocurrido».

Nosotros tenemos la suerte de contar con compañeros que, además de poseer una memoria prodigiosa y escribir la mar de bien, han dedicado parte de su tiempo a recordar aquellos hechos, construyendo palabra a palabra deliciosos relatos que son un fiel reflejo de nuestro paso por la institución.

En el libro que tus manos sostienen se han recogido relatos publicados en la página de la Asociación y que con los años quizás hayan ido quedando en el olvido, semi escondidos tras una maraña cibernética que a no pocos confunde.

Con la edición y publicación de la colección, gracias a los medios y tecnología actuales, desde la Asociación queremos dar a estos relatos una segunda oportunidad de ser leídos y disfrutados, tanto en formato de libro tradicional como en los modernos formatos electrónicos, porque los pínfanos tenemos una capacidad de adaptación a lo nuevo fuera de lo común.

Se han seleccionado relatos al azar, procurando que todos los colegios y épocas estuvieran representados. Otros relatos han quedado a la espera de comprobar la acogida de la idea entre los pínfanos y, de ser favorable, verán la luz en sucesivos libros que se incorporen a la colección.

Sus autores dieron un paso al frente consiguiendo superar el implacable olvido y, gracias a ellos, podemos ahora leer historias y sucesos que seguramente nos traerán a la memoria nuestras propias historias y sucesos, tan parecidas a las seleccionadas que podrían ser las mismas.

Leyendo las peripecias de los protagonistas podremos volver a vernos, siquiera en la imaginación, tal como éramos entonces, ¿quién no se identifica con Higinio Zardoya, Mundi, África la pínfana, el toledano Juan o el pínfano de O Grove?

En este volumen recopilatorio de la colección se ha incluido un relato que representa la excepción que permite cumplir con la regla, su inclusión es merecida porque está escrito por un hombre que también fue una excepción en su momento, hablamos de don Miguel Delibes, un escritor excepcional; que se sepa no era pínfano aunque podría haberlo sido, ¡qué menos que pínfano de honor!, porque escribió sobre nosotros y esa es otra forma de serlo o de sentirlo.

Como indica el artículo 2 de los Estatutos, nuestra Asociación «tiene por finalidad general conseguir la relación y el contacto continuo entre todos los pínfanos, estrechando lazos de compañerismo en épocas escolares y posteriores con un sentimiento social de ayuda», por lo que esta colección de libros no deja de ser un paso más que damos en esa dirección.

Esperamos que su lectura resulte grata y placentera a una mayoría, aquella que recuerda con cariño su paso por los distintos internados, a sus antiguos y queridos profesores, a los viejos compañeros de fatigas, las fiestas de la Inmaculada, la piscina del Bajo, Aranjuez o los inigualables Castillos de verano.

Desde estas líneas quisiera decirle a África, aquella entrañable pínfana de 15 años que vaticinó «aunque, quién sabe, puede que, dentro de un montón de tiempo, haya algún sistema por el que podamos volver a ponernos en contacto e incluso reunirnos los que pasamos tantos años en los colegios de huérfanos» que volverás a reunirte con tus compañeras de ayer, quizás ya lo hayas hecho, pero esta vez será solamente para disfrutar del reencuentro; acertaste de lleno: tenemos nuestra página web, hemos celebrado una decena de Días del Pínfano y la Asociación sigue adelante, vivita y coleando.

*Santiago de Ossorno  
Secretario de la AHE, 2013-2017*



# RELATO NAVIDEÑO

Autor: Tomás Gamero García

## CAPITULO PRIMERO

¡Menuda alegría! Este año no iba a pasar TODAS las Navidades en el Colegio, sólo Nochebuena y Navidad. Después me iría a casa a pasar el resto de las vacaciones.

Nos levantábamos más tarde. Jugábamos mucho. Adornamos las paredes con figuras hechas en cartulina negra y clavadas con alfileres. Hicimos un belén (ayudamos "un poco" a Sor Josefa). Tenía agua, luz, música, se hacía de noche. Después me enteré de que entre los distintos colegios que tenía la Congregación en Madrid, había como una especie de concurso, no recuerdo cómo quedamos.

Nos llevaron a ver una película al cine Gran Vía y a ver otros belenes por parroquias, colegios. Nos daban dulces de navidad: turrón, mazapán.

—Yo me quiero ir a mi casa— le decía a Andrés. Por primera vez confieso que estuvimos a punto de "escaparnos". Nos faltó el último empujón, si en vez de seguir la fila hubiésemos tirado para otro lado...

Cada día estaba más triste y más enfadado con mi madre. No entendía por qué después sí que podía ir a casa y en Nochebuena y Navidad no.

—Solo tengo dinero para unos días. Sacaré también

a tu hermana y lo pasaremos todos juntos.

Me entró la "morriña". Me dediqué a dibujar, bueno, a pintarrapear. Alguien se dejó unas pinturas en su pupitre y Andrés y yo dimos buena cuenta de ellas. Cada día que pasaba estaba más rabioso. Iba por el pasillo corriendo con la cabeza baja, con tan mala suerte que me "encontré" con Sor Cecilia., ile di un golpe en el estómago! Me disculpé, pero aun así me castigó. Mi "rencor hacia el mundo" iba en aumento.

Nochebuena. Cena un poco mejor de lo normal. Lo mejor los dulces. Misa del Gallo en los Teatinos y ia dormir!, iqué aburrimiento!

—No tengo sueño— le dije a Andrés.

Nos pasamos buena parte de la noche leyendo tebeos, las monjas ni aparecieron.

Día de Navidad. Me levanto con una cosa aquí. Ha caído un nevazo de miedo, lo cual me produce más desazón y más frío, icon lo que me gusta la nieve!; definitivamente no iban a ser mis mejores Navidades.

A media mañana me llama mi madre, que vienen a por mí el 30.

—¿Y por qué tan tarde?— le pregunto.

—Haz el favor de no ponerme de mal genio. Te he dicho que no puedo antes.

—A sus órdenes— pienso yo, con una rabia terrible. Es injusto, pero en mi inocencia pensaba que no tenía madre tampoco.

Andrés pagaba mi mal humor. Nos dedicamos a recorrer el colegio: las calderas, el almacén, la lavandería. En la clase del primer piso nos atrevimos a poner el magnetofón, el caso era no estarme quieto.

—¡Y llegó el gran día!, ia casa!

El viaje me pareció estupendo. Estaba tan cansado que me dormí. Aún tuve tiempo de ver los árboles pelados y la aridez manchega. Tenía pena por no ver a Andrés, que no había podido ir a su casa. Ya le dije que le traería cosas.

Manolo, mi amigo del pueblo estaba esperándome en la estación y le dije a mi madre que me quedaba a jugar en la calle, que ya iría a cenar.

## CAPITULO SEGUNDO

Hacía un frío de muerte, pero no me importaba. ¡qué distinto al frío del colegio!

—No puede haber dos fríos— le decía a Manolo.

—Déjate de tonterías, ¡mira, un nido! (vacío, en este tiempo los pájaros bastante tienen con aguantar el mal tiempo).

—¿Te acuerdas cuando, en verano, cogimos un venejo y lo llevamos a tu casa?

Aunque era feísimo, con "garras" y ¡unas cagarrutas que echaba!, nos parecía el más bonito del mundo. Además nos daba más pena, pues cuando se cae del nido ya no vuela para arriba.

—¡Haced el favor de sacar esa porquería de aquí!— chillaba mi madre— No quiero (¡cuánto me arrepentí de la contestación!). Hizo el gesto de quitarse la zapatilla... yo, a correr, me escondo en el váter.

—¡Sal de ahí a hora mismo!— Silencio. Lo mismo, pero más fuerte. Aburrido y derrotado voy a desparar el cerrojo y... ¡no puedo abrir!

—¡Ya verás la que te espera cuándo salgas...!

Y bien cierto fue, me dio una tunda de zapatillazos y me castigó en la habitación toda la tarde. Cuando me levantó el castigo el vencejo había desaparecido.

¡Qué recuerdos!, iy lo bien que lo pasábamos!

El suelo estaba lleno de hojas de todos los colores. Igualito que una alfombra.

¡Y qué suaves estaban las hojas! Empezamos a dar volteretas.

—¡Vamos! Tenemos que avisar a los demás—. Atravesamos el "patio cuadrado" y nos entretuvimos jugando con "Tom", un perro vagabundo que era de todos.

Fuimos casa por casa avisando a la pandilla. Nos juntamos en el jardín de las Acacias y empezamos a hablar de nuestras cosas. Ángela, Trini, Loli, Fernando, Pedro, Manolo y yo. Fernando era un poco mayor que nosotros. Al rato sacó un cigarrillo y nos ofreció.

—¿De dónde has sacado el dinero?—le preguntamos.

De los aguinaldos. Mirad, aún tengo más. Nos acercamos al "carrillo" y compramos pastillas de leche de burra, paloduz, tramusos, regaliz, caramelos de menta... ¡un festín! Por esa época el fumar no me interesaba... todavía.

La noche de Nochebuena había la costumbre de co-ger todo tipo de cacharros de cocina, ollas, perolas, almirez, botella de anís y pasar casa por casa cantando villancicos y pidiendo el aguinaldo. Aquel año no lo había podido hacer, pero Fernando se había acordado de la pandilla ¡como debe ser!

En la comida sí que lo notaba. Mi madre me sobrealimentaba —como ella decía— a base de ponches (ite ibas de contento a la calle!, y isin frío!), de yema de

huevo y jerezquina (alcohol puro). Los plátanos también eran su debilidad, y el jamón serrano. Así que pasaba pocos días pero, eso sí, a cuerpo de rey. ¡Y yo que creía que mi madre no me quería!

Otro de los capítulos era la ropa. Muda nueva. Pantalones, camisa, jersey y zapatos... —iy dice que no tiene dinero!—pensaba yo.

Vivíamos "realquilados". Habitación con derecho a cocina. Dimos con una familia excelente, Jesús, Encarna, sus hijas Loli y Adela, ibuena gente! Me querían como a un hijo. Mi madre, para ayudarse cogía costura para coser en casa. La cosa se fue agrandando y varias viudas se juntaban en el piso de una de ellas y hasta las tantas.

—Por eso, cuando te saco, es para que no te falte de nada, pocos días pero ya verás como vuelves más gordo al colegio. ¡Madres...!

### CAPITULO TERCERO

Y así iban pasando los días. La Nochevieja no tuvo nada de especial. Cenamos sopa bien calentita y pollo. Jesús me dio un duro para que me lo gastara en lo que quisiera, ¡un duro!, ¡la de golosinas que podría comprarme!

Medíamos lo bien que lo habíamos pasado según a la hora que nos hubiésemos acostado.

—Yo a las dos, ¡iqué pronto!

—Yo, a las tres. Estuve bailando con mi prima— nos contaba Fernando.

Y nos daba una envidia terrible. Su prima no era muy guapa de cara, pero ¡tenía una delantera! Nos traía

locos. Vendía melones por los pueblos. Montaban una especie de carpa y se pasaban un mes o más vendiendo. En verano tocaba nuestro pueblo y no salíamos de debajo del tenderete. Su madre hacía una especie de cuadrado en el melón y nos lo daba a probar.

—¡Está rico!, ¡eh!— Decidles a vuestras madres que vengan a comprarme.

El día uno de enero vino mi hermana. Estaba también interna. Como le caía mejor que yo a mi tía Francisca se la llevaba muchas vacaciones con ella. No era mi tía. Era la mujer de mi tío, que es distinto. Me daba de comer sardinas fritas del día anterior. Lo compensaba con polvorones, ¡qué atracón me di un día! Tenía una perrita pequinesa a la que daba de comer mejor que a mí, hasta se acostaban juntas. Le daba besos, le ponía cintas en la cabeza. A mí me extrañaba que quisiera más a la perra que a las personas, pero...

No entiendo como mi hermana se quería ir con ella, Bueno, luego lo entendí, cuando me enteré de que había un chico que le gustaba, era el hijo de una amiga de mi tía. Incluso salió con él y todo, ¡gente mayor!

Me pasaba el día jugando en la calle. No sentía el frío, de lo a gusto que estaba. La Explanada de Palacio me parecía inmensa y preciosa. Ese sentimiento de libertad que sentías al correr detrás de una pelota, al subirte a un árbol, al revolcarte en las hojas húmedas te llenaba de felicidad. Si, era feliz. Con lo que tenía me sobraba. No tenía derecho a quejarme. Aunque cuando me acordaba que me quedaban cuatro días para volver al colegio me entraban esos retortijones de corazón a los que tanto temía, pues acababan en pena. Pena de dejar todas estas cosas que me gustaban tanto

y tenerme que encerrar hasta quién sabe cuándo en el colegio.

Acompañaba mi madre a la compra. La tienda del señor Rogelio estaba a la vuelta de casa.

—Bueno ya vendrá el chico a por aceite— Lo apunta en la cuenta.

No entendía eso de apuntarlo en la cuenta, luego lo supe. Se iban apuntando los gastos diarios y luego mi madre lo pagaba poco a poco. La señora Ana, su mujer, me daba caramelos de vez en cuando. Luego me enteré de que se les había muerto un chico de mi edad. Les recuerdo con mucho cariño. De esas personas bondadosas que te quedarías un buen rato con ellas haciéndolas compañía. Pero mi gran ilusión era jugar y pasármelo lo mejor posible.

Las calles estaban muy adornadas. La principal te hacía daño a la vista, de tanta luz roja y verde. Aquel día nevó. Nos faltó tiempo para hacer el muñeco de nieve y tirarnos nuestras buenas bolas. Hacía un frío terrible.

—Vamos a tomar algo —me dice Fernando— una horchata.

—¿Una horchata?, ¿con el frío que hace?

—Mira, por allí van Pili y María. Vamos a fardar, que nos vean sentados tomando algo.

—¿Y por qué no nos podemos tomar un chocolate con churros?

—No seas tonto. Se liga más con la horchata.

Y nos la sirvieron. Aún recuerdo el helor que me subió por la nariz y me llegó a la cabeza, casi me mareo.

Lo peor fue que las chicas llevaban prisa y ni se sentaron.

—La última vez que te hago caso—le dije a Fernando.

Nos parábamos con mucha gente: Me asombraba la cantidad de personas que conocía mi madre. Me dio mucha alegría. Casi todas eran clientas a las que cosía.

—Si no fuera por ellas, no estarías tú aquí. Con la pensión de tu padre no tengo ni para comer. No entendía nada. Cuando crecí ya me llegaron “las entendederas”.

Y así llegaron los Reyes.

## CAPITULO CUARTO

Los Reyes. Ya sabía que eran los padres. La que no sabía que lo sabía era mi madre. Se empeñó en que me acostara prontito y dejara comida y agua para ellos y los camellos... ¡qué no soy un niño! Pero lo hice.

Conforme iban pasando los días se me iba poniendo peor genio. Ya no aguantaba las bromas de la pandilla. Una tarde, jugando al “burro”, me pareció que se tiraban demasiado fuerte y armé una pelea de campeonato. Solución, todos a casa enfadados. Me entró la tristeza. Así que fui a buscarles casa por casa haciendo las paces.

—Si os tuvieseis que ir como yo, ya veríais lo que es bueno. Igual hasta el verano no aparezco por aquí. Manolín lo arregló con un apretón de manos y juntos volvimos a nuestros juegos.

—¿Por qué no entramos a Palacio?— nos dijo una mañana Fernando que, como era el mayor, actuaba de “jefe” y nosotros a lo que él dijera.

—Estupendo —contestamos todos— Aprovecharemos que el guarda ha ido a almorzar y nos colamos.

Lo habíamos hecho muchísimas veces. Era cuestión de dar un empujón a una puerta que estaba rota y entrar. Así de sencillo. Una vez dentro teníamos que andar con mucho cuidado, pues había perros guardianes, aunque aquel día no habíamos visto ninguno.

¡Qué salas más grandes! ¡Qué cuadros! Nos tumbábamos en las alfombras. El polvo acumulado nos hacía estornudar. Hasta nos atrevíamos a acostarnos en las enormes “camas reales”. ¡Qué bien me lo pasaba! Sin que se dieran cuenta me iba despidiendo de todo, “hasta el verano” me decía mentalmente. Disfrutaba sí, pero ahí dentro esa cosa que se pone cuando al día siguiente te ibas encerrado por meses.

De pequeño quería ser misionero. Sería por las enseñanzas que estaba recibiendo, por un sentimiento compasivo. Las monjitas me inculcaron un Amor a la Virgen que aún conservo hoy en día y bien orgulloso que estoy de ello. Mi Virgen preferida es La Inmaculada, que estaba en la Capilla del Colegio. Daba la casualidad de que en la capilla real estaba el mismo cuadro, allí que me escapaba sin decir nada a nadie y le contaba lo triste que estaba por tener que volver al colegio.

—¿Dónde te habías metido?—me preguntaban.

—Por ahí. Es que me he perdido.

Otro de los lugares de diversión era “la ría”. El río natural había sido canalizado y habían hecho como una especie de altos y bajos que eran una delicia para nosotros. Entrañaba un cierto peligro, pues las piedras eran muy resbaladizas, pero nos daba igual. Cogíamos ranas, angulas, algún pez... nos hicimos unas cañas rudimentarias y nos tirábamos horas y horas sentados o tumbados contando todo tipo de

historias. Al lado del río había casas abandonadas, los ventorros que se llamaban, y allí que íbamos, encendíamos fuego y nos comíamos parte de lo pescado. ¡qué rico que estaba! Alguna vez se nos ocurrió llevar a casa algunas sobras y mi madre me echó con “cajas destempladas”.

—Llévate esa porquería de aquí—me gritaba.—Cómo algún día te caigas al río ya veremos quién te saca.

—Mis amigos—pensaba yo. Y salía a todo correr a echarle el pescado a cualquier gato del vecindario, que los había, y en abundancia

¡Los Reyes! Me acosté tempranito. Más que por obedecer, por lo cansado que estaba del día tan intenso que había tenido.

Esa noche me acosté con mi hermana. Confieso que tenía un poco de “canguelo”. Aunque tenía claro que era mi madre... no sé... aún estaba en la duda.

—¡Ni se te ocurra levantarte!—me dijo mi hermana al ver que iba hacia la puerta.

Pero yo me asomé... no vi nada. Todo estaba igual que antes de acostarme.

Me dormí de aburrimiento, pero una de las veces que me dí la vuelta, mi hermana no estaba.

—¡Las pillé!— Pensé. Efectivamente, allí estaban las dos colocando las cosas...

Entonces sí que me entró miedo de que me descubrieran., me fui corriendo a la cama y me arrojé hasta la cabeza.

A la mañana siguiente me levanté pronto. Directo al comedor. Me agacho a ver mis regalos y....

—No ha podido ser más—me comentó mi madre.

No supe qué decir. Tampoco puedo expresar lo que

sentí. ¡era tan poco!

—Se ha esforzado mucho por comprarme lo mejor—  
pensé.

Era un tranvía de hojalata y un carro de madera con caballo y lleno de caramelos. En esos momentos no supe valorar el esfuerzo de mi madre. Me pudo el pensar que los demás tendrían cosas mejores que yo. Tenían un padre que trabajaba y no les faltaba de nada. Yo, una madre que no le llegaba el dinero a fin de mes. Estaba hecho un lío. Confieso que esos dos juguetes forman parte de uno de los recuerdos más maravillosos que tengo. Más que el Mecano que me dejaron un año en el Colegio y que creía que era el más fenomenal de los juguetes.

A media mañana nos juntamos la pandilla en la calle.

—¡Una bici! A Manolín le habían traído una bici—.  
Con ella fue con la que aprendí a montar en el verano.  
Me la dejaba previo “pago” de unas cuántas golosinas.

Todos fueron enseñando sus regalos. Las chicas casi todas muñecas. A Fernando ropa y ¡una radio pequeñita!

—¿Quién te la ha traído?—le pregunté.

—Pues los Reyes.

—Venga, déjate de bobadas.

—Mi padre, que trabaja en Francia.

Y allí me quedé yo con unas ganas de oír la radio y de montar en bicicleta.

Mis regalos les gustaron mucho, no sé si de “chunga” o de verdad. El caso es que estaba orgullósísimo con lo que me habían “echado” ese año los Reyes.

Y llegó el día de la partida.

Me fui sólo. Estaba acostumbrado. Pero no por eso dejé de sentir rabia. Mi madre podía sacar un billete, no había para más.

Me recomendó al revisor quién me cogió la maleta que pesaba más que yo.

El viaje de vuelta fue terrible. Ya no me interesaban ni las personas (no paraban de preguntarme cosas), ni el paisaje, ni los dulces que me ofrecían. Pensaba en la ciudad como un gran monstruo que me iba a comer. Llegar a la estación. Coger el metro. Hacer trasbordo.

Se me hacía todo tremendamente pesado. Encontré a la ciudad vacía, desoladora, amenazante, pero había que llegar a la puerta del colegio y entrar.

—¡Hola, Andresillo!—me saludó afectuosamente Sor Rosario. Y me dio dos besos en las mejillas que me supieron a gloria—¿Te lo has pasado bien?

Creo que algo contesté. Me educaban para ello. Solo recuerdo rabia y sufrimiento, mucha angustia y mucha pena.

Aquella noche lloré amargamente, sin hacer ruido, no vaya a ser que alguien me oiga y se rían de mí.

# **CARABANCHELES**

## **RELATO DE UN PÍNFANO**

Autor: Tomás Gamero García

### **PRÓLOGO**

He contado mis recuerdos de Las Mercedes y de Padrón. En estos colegios estuve desde los cinco a los doce años. Entré en la Inmaculada sin tener los trece, hasta los dieciséis que dejé el Bajo.

He querido juntar los años de la Inmaculada y el Bajo, pues forman parte de mi adolescencia. También los hechos son más personales, pues, aunque convivíamos durante toda la semana, sábados y domingos ya íbamos por libre, unos con sus familias y otros en grupos o pandillas que se formaron con gente de gustos afines.

Los relatos son ciertos. Hay algunas lagunas, se mezclan recuerdos, unos me ocurrieron a mí personalmente, otros los viví en directo, otros me los han contado... pero todo es real. Los nombres, por supuesto, son inventados, aunque algunos de los lectores, los reconocerán inmediatamente, pues en esas edades todo se queda como muy marcado.

Tuve episodios agradables, otros menos y algunos muy desagradables. Contaré las cosas como me vengan a la cabeza, más que venganzas o malos rollos,

me interesan sentimientos, aunque a veces se mezclen con impotencia y rabia, por lo que considerabas injusto.

Poco a poco el sentido de grupo se va perdiendo. Van apareciendo los primeros “enemigos”, que no tienen nada en común contigo y que incluso te hacen la “puñeta”. Los insultos . Las primera peleas a muerte.

Había un buen número de “solitarios”, que no “cuadraban” con nadie. Solía ser a principio de curso, luego, la necesidad, les hacía ir a un lado u otro. Otros eran inseparables, como Zipi y Zape, para lo bueno y para lo malo. Los más formaban grupos de varios que tenían las mismas inquietudes y compartían gustos o aficiones. Recuerdo con pena los “desarraigados”. Los que se les habían colgado algún sambenito y eran motivo de burla, la mayoría de las veces por cuestiones físicas.

¡Lo crueles que podemos ser a esas edades!

Mirando atrás sin ira, recuerdo momentos muy buenos, pero en general, los sentimientos son tristes. Algún amigo íntimo llegué a tener... en verdad tuve muy buenos amigos que me ayudaron a vencer inseguridades y timideces que en mi llegaron a tener mucha importancia... aunque en realidad no la tenían. Mis mejores ratos de “conversación intentando arreglar esta cabeza”, los tuve con un sacerdote, D. Miguel, y con un amigo, Roberto, al que las circunstancias y la vida acabó por separarnos.

La envidia fue otra de las cosas que más me llamaron la atención. Envidia ¿de qué? Todos éramos iguales, hubiese sido mejor que las fuerzas que gastábamos en llevarnos mal las hubiésemos empleado en ayudarnos, pero eso lo piensas ahora.

Definitivamente la adolescencia es muy complicada, y más si no tienes a alguien a tu lado para superarla. Y ahí estamos nosotros, huérfanos de padre y algunos de madre y metidos internos en un colegio donde tienes que aprender a ventilártelas por ti mismo y a la vez sacar los estudios que el día de mañana te servirán para ser algo en la vida.

## **CAPITULO I**

### **ENTRADA INMACULADA**

Esta vez sí que me salí con la mía. A estas alturas de la vida (12 años), no me iba a acompañar nadie a mi nuevo colegio. Lo tenía decidido. Tenía decidido molestar a mi madre lo justo, por mí no iba a tener problemas.

Había sido un verano movidito. Con todo mi 2º de bachiller aprobado, me esperaba un verano de no hacer nada, todo el día en la calle, cogiendo nidos, bañándome en la cacera (especie de acequia de agua fresquísima), para mitigar los calores del verano castellano), pescar anguilas, pero no.

Mi madre, para ganar algo de dinero, se había puesto a coser. Cosía en casa, pero después de comer y con un caloruzo impresionante, se juntaba con otras señoras que también cosían, en casa de una de ellas que vivía al otro lado del pueblo y allí que me tienes acompañándola y sudando.

No me gustaba echarme la siesta, prefería tumbarme debajo de un árbol a la sombra y echar algún sueñecito. Había veces que mi madre incluso nos pegaba para

que nos “echásemos la siesta”, Me descolgaba por el balcón y allá que me iba dónde hubiese quedado con los amigos. Pero este verano tenía que acompañarla...

Al final llegamos a un medio acuerdo y algunos días me quedaba. Era libre pero sentía como que la vida me la tenía que solucionar yo solito, en esa edad es un sentimiento muy extraño, en condiciones normales tienes a tu familia que te ayuda y arropa en todas las decisiones, no es que mi madre no se ocupara de mí, pero tenía la necesidad de trabajar y en alguna ocasiones en que la necesité, no la tuve o eso me parecía a mí.

Total, que aquí me tienes en Atocha, después de un viaje triste, intentado llegar a mi nuevo colegio.

No me fue muy complicado, enseguida encontré el autobús y al poco tiempo ya estaba camino del edificio.

En ese corto espacio de tiempo, todo se me vino abajo, ya no estaba tan seguro ni me sentía tan fuerte, el hormigueo volvió a aparecer, de buena gana hubiera dicho a cualquier persona que pasara por allí que me hubiera acompañado, estaba solo, me sentía solo.

Respiré y empecé a andar. El edificio, alto y delgado, me dio más sensación de tristeza. Tenía balcones con sus barandillas. Crucé la puerta. Nadie

—¡Juan, Juan!— oí que alguien me llamaba.

Me asomé a la habitación de dónde había salido la voz.

—¡Juan Antonio!

—¿Qué haces aquí?

—Pues lo mismo que tú idiota, he venido solo.

—¿A ti te han acompañado?

—Ya veo que no.

Nos sentamos. Para mí fue la mayor alegría que en esos momentos pude tener. Empezamos a contarnos cosas. A Ramón le habían sacado ya del colegio, su madre lo necesitaba para el campo. Javier y Rafa se habían ido a hacer 3<sup>o</sup> a otro colegio que también estaba en Madrid; Antonio fue el que peor lo tuvo, su madre murió y él estaba trabajando con su hermano mayor.

—Entonces, ¿estamos tú y yo de los de Padrón?

Así era. Después coincidimos con otros compañeros, los que faltaban se habían ido a Carabanchel Bajo que también se podía hacer 3<sup>o</sup> y 4<sup>o</sup>.

Nos pesaron, nos midieron y nos dieron la ropa con nuestro número correspondiente. También nos asignaron un dormitorio, en el segundo piso, no muy grande, con camas individuales y taquilla para dejar las cosas. ¡Todo esto ya lo habíamos vivido!

Faltaba el pelo. No tardaron mucho en cortárnoslo. Fue al día siguiente, después del desayuno. Estábamos en mesas de cuatro. Las cosas las ponían en medio. Si no estabas atento, ni te habías sentado y ya habían desaparecido. Con el tiempo llegamos a un “consenso” y nos repartíamos todo de la mejor manera posible. Galletas, mermelada, mantequilla, nos hacíamos unos “mezclaillos” que nos sabían a gloria.

El primer pan de la mañana no estaba muy blando, sería del día anterior, así que los tazones de “sopa de pan”, era el manjar exquisito para pasarla “sin que sintieses ese vacío en el estómago” antes de la hora del recreo que nos daban un “bocadillito” de fiambre. Tan pequeño era que nos duraba “dos bocaos”, quién tenía la suerte de repartirlos se quedaba con “las sobras”... así que nos peleábamos por ir a por la cesta cuando

llegaba la hora.

—¡De buena os habéis librado!— me comentó mi compañero de cama. Se llamaba Gabriel y era de Toledo.

—¿Por qué?

Y me contó que a algunos nuevos les habían hecho desnudarse y hacer flexiones. Cuando entraron ayer por la tarde, el director ya no estaba y unos mayores se han disfrazado y les han gastado la “novatada”. Precisamente en un rincón del dormitorio se había formado un corrillo que escuchaba con mucha atención lo que un compañero contaba.

—Los nuevos debemos de unirnos y tener cuidado con las bromas. Nos tienen preparadas algunas. Lo de la entrada no ha sido más que la primera.

—Yo ya me he quedado con la cara de uno de ellos y os juro que me la va a pagar.

Decididamente había que andarse con cuidado. Era normal que los “viejos” gastasen novatadas a los nuevos, pero en lo de desnudarse se habían pasado. Lógica era la rabia que tenían los compañeros.

El primer día fue muy relajado. Nos llevaron a las clases y estuvimos casi todo el día en el patio. Juan Antonio y yo enseguida nos juntamos con Gabriel y empezamos a charlar de nuestras cosas.

Se había quedado huérfano ese verano, así que lo de los internados le venía de nuevo ¡Qué envidia!, nos decía, pues nosotros ya teníamos la experiencia de Padrón y se nos hacía todo más llevadero.

Yo le rebatía que era al contrario, que nosotros al tener “experiencia” sabíamos que lo íbamos a pasar muy mal y por eso sufríamos de antemano. A él ya le

vendrían las cosas rodadas. Era muy tranquilo, pero a la vez reaccionaba con energía y mal genio cuando era necesario. Tenía la extraña costumbre de estarse tocando siempre la oreja, así que la tenía roja como un tomate, cuando alguien se burló de él, le arreó un derechazo que se le acabaron las ganas de volver a hacerlo.

Luego me enteré de que iba a un gimnasio y practicaba boxeo. Jugaba de portero y era muy bueno. Pero lo que más nos acercó fue que le gustaba la música. Me enseñó, con gran alegría para mí, un transistor.

—¡Guárdalo muy bien!, me han dicho que los quitan y luego los retocan para que no se reconozcan—. Me lo dejaba algunas veces, sobre todo los fines de semana que se iba con unos tíos suyos. ¡Y nos envidiaba a nosotros! ¡Envidia le tenía yo a él por poder salir y dormir fuera!

—Un día os presentaré a mi prima. También le gusta mucho la música. Me ha dicho que cuando queramos podemos ir a su casa a escuchar discos. ¡Tiene un montón! Como es hija única le compran todo lo que quiere.

Cenamos y nos acostamos. No me podía dormir. Nos habían avisado que a partir de mañana ya empezábamos la “vida normal”.

—¿Qué me esperaré este curso? La sensación de tristeza me invadía. La soledad de siempre.

¡Menos mal que tenía a Juan Antonio y Gabriel para empezar otra nueva “aventura”!

## CAPITULO II

### UN DÍA EN LA VIDA

Nos levantaban a las siete y media, el inspector pasaba por los dormitorios avisando; nos dábamos media vuelta y ni caso, después, como a las ocho teníamos que estar preparados, las prisas nos hacían que muchas de las cosas estuviesen mal hechas, entre ellas la cama. Las taquillas tenían que quedar en orden y a las ocho quien quería ir a misa, iba, y quien no, media hora de estudio.

El desayuno a base de “pan mojado”, sopas de leche en polvo que te sabían de maravilla, aunque te acordases de la de tu casa.

A las nueve la primera clase. Recuerdo con alegría a algunos profesores, otros me hicieron alguna pasada y otros pasaron totalmente inadvertidos, como un profesor de dibujo que le tomamos la medida y al final se tuvo que ir, aburrido, porque no podía con nosotros. Desde que entraba el cachondeo era total, él no sabía imponerse y así nos iba. Casi no dábamos clases, era dibujo lineal. A mí se da muy mal y nos hacíamos las láminas unos a otros la. El cambio fue a peor. Vino otro que era totalmente lo contrario, allí no se movía nadie. Era durísimo, quería los dibujos a la perfección. ¡La de veces que me hizo repetir los míos! Total por un agujerito de nada. Como utilizábamos tinta, hice un borrón, al intentar borrarlo el agujero fue mayúsculo. El dibujo fue de las asignaturas que me costó muchísimo aprobar.

Religión, Latín, Matemáticas, Ciencias Naturales, Francés, Gimnasia y F.E.N. (Formación del Espíritu Nacional).

Religión se me daba bien. Más que la asignatura en sí era quien la daba. Don Miguel, una de las personas que más me ayudó en esta época y de quien guarda un grato sentimiento de cariño.

Era vasco. Su equipo era el Bilbao. Los domingos por la tarde televisaban un partido de liga. Cuando tocaba el Bilbao no se oía ni una mosca, ya se encargaba él de hacernos callar. Si su equipo marcaba un gol se ponía como un verdadero aficionado, dando gritos y parabienes a todo el mundo, ahora que no hiciesen algo en contra, que por aquella boca salía de todo, con mucha educación.

Para mí fue una persona muy entrañable, siempre con una palabra de ánimo. Si te veía sólo o con mala cara, enseguida te sacaba el por qué. Podías hablar con él de todos los temas con libertad. Cuando lo necesitabas siempre tenía un ratito para atenderte. Aparte de la Religión era el encargado “espiritual” de todos nosotros. A veces me pedía que ayudara en misa. Yo atravesaba una época en que lo de la Religión no lo tenía claro. Había dejado de ir a misa y no era uno de “sus preferidos”. Poco a poco me fue abriendo los ojos a realidades que estaban ahí pero que no las veía. Sobre todo las injusticias. No es justo que yo sea huérfano, no es justo que esté aquí encerrado y no pueda ver a mi madre, no es justo que... Son las épocas en que todo es tu “enemigo”. Allí estuvo para asesarme. Yo seguía sin ir a misa (siempre me lo respetó), lo que hice alguna vez fue de monaguillo., por eso de comer lo que sobraba de las sagradas formas y idel vino!

Nos invitaba a galletas, ¡esas galletas rellenas de nata que a mí me sabían a gloria!

Latín nos lo daba el Director. Jamás tuve ningún problema con él. Era buen alumno y no había más problemas. El Latín me gustaba, lo que no me gustaba era estudiar. Lo que él quería era que sacara la máxima nota. Cuando hacía exámenes para subir nota casi me obligaba a presentarme.

—Vd. puede hacer más de lo que hace.

Después me quedaba con la misma nota, pues yo no tenía ganas de estudiar más. En las clases era muy exigente, te hacía muchas preguntas, traducíamos textos complicadísimos, o a mí me lo parecían.

Un día que me echaron del estudio, me pilló. Me dijo que no esperaba eso de mí, que era un buen alumno, sentí vergüenza. Me bajó dos puntos en conducta y me dejó sin salida. Por supuesto, no me volvieron a echar más, por la cuenta que me tenía.

Mi mesa daba al lado de la ventana, casi al final de la clase. Tenía de compañero a Gabriel ¡él sí que estudiaba! Cuando estaba sobre el libro tocándose la oreja no podías molestarle. Estaba concentrado y no quería saber nada de nadie. A la larga fuimos respetando su manera de ser. Al estar al final de la clase nos permitía tener un poco más de libertad, además la puerta estaba enfrente y veíamos si venía el profesor. A la hora de sacar las chuletas también, pero no nos pillaron nunca. Desde la ventana se veía la calle, no había mucho que ver, los chalecitos y el bar de enfrente. También había un señor mayor que se ponía con su carrito de chucherías y nos vendía a través de la verja del patio. Era agradable. A mí me “fio” más de una vez, también le aguantaba sus “batallitas”. Era

cojo, mutilado de guerra, por eso le permitían que estuviese allí ganándose unas pesetillas, eso decían.

Las Ciencias Naturales nos las daba un profesor totalmente calvo. Le cantábamos:

*“Qué es aquello que se ve, en el fondo del pasillo,  
es la calva de Don... que le está sacando brillo”.*

Teníamos una libreta. Él fue el que me enseñó a hacer cuadros sinópticos. El libro lo utilizábamos de consulta. Con recortes de periódicos hacíamos unos resúmenes que nos quedaban muy bien. No recuerdo exámenes, la nota era la de la libreta, tenía que estar “inmaculadamente” hecha. Cuando mi tío me sacaba de fin de semana, toda mi obsesión era que me trajese del cuartel (era militar) revistas especializadas. Me las conseguía y recortaba lo más interesante. Si me sobraba alguna, la vendía al mejor postor. ¡Había que buscarse la vida!

El profesor de Francés era, al mismo tiempo director del coro. Arreaba unos capones de no te menees. Era muy serio y tenía mal genio si no salían las cosas como el quería. Vivía en el colegio, pues además llevaba la administración. Si te apuntabas al coro ya tenías algo ganado, pero como te tomara ojeriza. Yo venía de dar un curso de francés y no se hizo muy cuesta arriba. Recuerdo una lección “Le co co ri co du coq”. Con tantas ces al final acababas riéndote. No conseguíamos acabar la lectura y se enfadaba.

De las otras asignaturas casi no me acuerdo. La Gimnasia me traía por la calle de la amargura, era bastante “patoso” debido a mis piernas largas y a la “desconexión” que tienes en esas edades. La aprobaba por los pelos. Me las arreglaba para hacer trabajos teóricos. En una clase se propuso hacer combates de boxeo. Se

hicieron las parejas y a mi me tocó ¡Gabriel! Hablé antes con él para pactar algo. Me dijo que no me haría mucho daño. Empezó el combate, yo ni idea. Me arreó un derechazo que vi las estrellas. Ganó. Así fue ganando a todos los contrincantes y quedó campeón, lo que le supuso tener el trimestre ya aprobado.

Por las tardes nos daban una pequeña merienda, estudio y la cena. Recuerdo las cebollas hervidas, enteras, no las he podido volver a comer. Las patatas con “lunares” negros que, para hacerlas más tragaderas, las chafabas y las engullías con buenos trozos de pan.

A la cama, pronto, que mañana había que madrugar y “pasar” otro día.

### **CAPITULO III**

#### **FINES DE SEMANA**

Con autorización, podías “hacer puente”. Salías el sábado por la mañana, dormías fuera y regresabas el domingo por la tarde. Lo tenía que decir antes, pues así descontaban las comidas y cenas. No es que fuesen mejores, era una medida “ahorrativa”.

A veces me sacaba algún miembro de mi familia. Recuerdo con mucho cariño a mi tía Antonia, que me ponía unas comidas pantagruélicas y después me “echaba” unos bocadillos de chorizo y jamón que, aún hoy, recuerdo su olor fabuloso y lo bien que me sabían. También me daba algún dinerillo.

Mi tío José también me sacaba a veces. A quién más temía era a su mujer. Me daba muy mal de comer. Por el contrario, mi tío, antes de entrar al colegio, en el bar

de enfrente, me compraba unos bocadillo de anchoas para chuparse los dedos. A escondidas, me daba algo para mis gasto. No tenían hijos, creo que me tenía algo de cariño... sin estar su mujer al lado.

Mi padrino también me sacaba de puente. Vivían en Moratalaz, un barrio que a mí me parecía una maravilla. El piso no era muy grande y me ponían una cama-mueble en el comedor. Tenía dos hijos mayores que yo. Algunos domingos me invitaban a ir al fútbol a ver al Atleti de Madrid. Ahí creo que empezó a interesarme el fútbol, estadísticamente pues jugaba muy mal. Seguía los domingos con mucho interés el “Carrusel deportivo” y con Juan Antonio hacíamos quinielas todas las semanas.

Diariamente había un mayor que salía a comprar las cosas que necesitásemos... Hicimos con él una peña semanal. Alguna quiniela de doce nos tocó, poca cosa. Suficiente para comernos otros maravillosos bocadillos de anchoas del bar de enfrente, digo “otros” porque con uno no teníamos bastante.

Si teníamos dinero íbamos a la Gran Vía a pasear, — solo podíamos hacer eso— y ver carteleras de cines, nos perdíamos entre tanta cantidad de gente. Sobre todo nos parábamos en las tiendas de discos. Nos enrollaba mucho la música, y más después de conocer a Enrique, un gaditano que se sabía todas las canciones de los Beach Boys, un grupo norteamericano, desconocido para mí, pero al que luego me aficioné.

Era muy buena gente. Estábamos muy unidos. Salíamos juntos por el barrio, incluso nos ligamos a unas chavalitas y paseábamos con ellas. Recuerdo el cine Ciudad Lineal, al que íbamos en un extraordinario, pues no teníamos un duro.

En el barrio había un bar que tenía una máquina de discos y mesas de billar. Por poco dinero nos pasábamos media tarde. Allí era dónde dejábamos el uniforme y nos cambiábamos de ropa de casa, teniendo buen cuidado que no nos viese ningún inspector que anduviera por la calle en ese momento. Una vez cogíamos el autobús y salíamos fuera del barrio, respirábamos tranquilos. La impresión era que la gente nos rechazaba por el mero hecho de llevar el uniforme. Algunas personas no nos trataban bien, con desprecio, en esas edades te rebelas contra todo y contra todos y no lo entiendes, así que nos vestíamos “de casa” y tan felices.

Recuerdo una tarde que fuimos a ver una película de los Beatles. Había un montón de gente, sobre todo chicas. Allí nos tienes al grupo de pínfanos con nuestro uniforme y todas mirándonos con cara extraña, me creía morir. Al entrar me tocó al lado de una chica muy simpática, lo cual bajó un poco la vergüenza, pero también la rabia que sentías. Incluso ligamos, al llegar al colegio decidimos que siempre nos cambiaríamos e iríamos con ropa “de casa”.

Los fines de semana que no teníamos dinero, salíamos por la mañana a dar una vuelta, generalmente íbamos al pinar de Chamartín, jugábamos un partido de fútbol y nos tumbábamos en la hierba a descansar y charlar de nuestras cosas. Luego volvíamos a comer y, por la tarde nos dedicábamos a oír los partidos de fútbol. Antes de que empezara el de la TV, nos dábamos una vuelta por el barrio, oíamos algún disco en los billares y nos comprábamos unas milhojas que a mí me sabían a gloria. Cuando me mandaban algo de dinero, me guardaba el correspondiente para tan succulento manjar y no lo tocaba para nada,

pensando en el banquete que me esperaba el domingo por la tarde.

Solíamos vagabundear por el barrio. Era una zona de chalets, con sus correspondientes jardines y sus perros. La cantidad de carreras que nos hemos tenido que dar después de que algún gracioso tocara al timbre y salieran los perros como fieras ladrando. Además a nosotros nos reconocían enseguida por el uniforme, y alguna queja tuvo el director de vecinos que no entendían estas chiquilladas. Nos lo pasábamos en grande.

Si no dormías fuera, los sábados por la noche aprovechábamos y nos reuníamos en los lavabos. Cada uno traía lo que podía, si alguien había recibido paquete de casa, entonces la fiesta era completa. Comprábamos pan, vino y cerveza y montábamos unos banquetes de órdago, ni que decir tiene que nos turnábamos en la vigilancia, pocas veces tuvimos que dar "el queo", pues los sábados no eran muy exigentes en cuanto a disciplina. Recuerdo que en uno de esos banquetes nos despistamos y apareció un inspector, ¡horror! No pasó nada, incluso se tomó un vaso de vino, había inspectores que se portaban bien con nosotros, otros no tanto. Incluso te ayudaban a solucionar algún problemilla personal que te surgía. Bueno, pues los sábados por la noche eran una fiesta. Acabábamos escuchando música en algún transistor, recuerdo que hacían un programa que repasaba los éxitos de la semana. También nos enganchó uno que hacían de miedo, con sus efectos especiales y todo. Con todas estas emociones tardábamos en dormirnos aunque no nos importaba mucho, pues al día siguiente nos levantábamos un poco más tarde. Y el fumeque.

A esa edad empecé a fumar, celtas cortos y en un extraordinario bisontes. Nos pasábamos "la pava" y apurábamos hasta el final, lo que hizo que los dedos se nos pusieran amarillos de tanta nicotina, casi lo hacía por aburrimiento, pero el empezar tan pronto me ha acarreado algún disgusto médico, aunque no me arrepiento.

Cuando se acababa el domingo te invadía una especie de melancolía difícil de explicar, sobre todo en esos inviernos tan crudos que me tocó pasar. Se te ponía ahí, en el pecho y no te dejaba ni respirar, ese vacío angustiioso que te daba ganas de llorar. ¡Cuidado!, que no te vea nadie.

¡Otra semana más encerrado y volviendo a hacer lo mismo! ¡Y encima estudiar, con lo poco que me apetece! ¡En la próxima carta que escriba a casa le digo a mi madre que ya no puedo aguantar más y que me saque aunque sea a trabajar! Iluso de mí, ¡no me quedaban años todavía! Y te entraba esa desazón profunda que no te dejaba ni dormir.

—¡Arriba!, ¡Vamos a levantarse! ...— la voz del inspector pasando por el dormitorio, ¡pero si me acabo de dormir!

Esta era la cruda realidad.

# SANTIAGUIÑO

Autor: Francisco Antonio Álvarez López

Hace poco más de un año que Antonio Povedano me comunicó el fallecimiento de nuestro compañero de Padrón Joaquín Flores González, el cual había manifestado poco antes de morir, su deseo de que esparcieran sus cenizas en Santiaguíño, el monte de Padrón donde se dice que el Apóstol Santiago predicó a los cristianos de entonces y donde nosotros, de niños, pasamos los mejores momentos de nuestra infancia.

Enseguida le dije a Povedano que me avisara cuando llegara el día para acompañarlos, porque me hacía una gran ilusión recordar aquellos momentos pasados hace ya medio siglo, cosa que se dice pronto. Por otra parte, Joaquín y su hermano Vicente, naturales de Sevilla, hicieron la comunión conmigo en mayo del 57, y siempre mantuvimos una amistad sincera.

Santiaguíño estaba en realidad justo enfrente del colegio, pero para llegar allí normalmente suponía un buen paseo pues teníamos que dar un enorme rodeo, llegando al barrio de Estramundi, subiendo al final infinidad de escaleras que nunca llegué a contar. Otras veces, el trayecto era más corto, cuando estaban los dueños del pazo que separaba el colegio del monte y nos permitían cruzarlo. Entonces, en unos minutos estábamos en la explanada donde predicó el Apóstol.

Casi siempre era un domingo o festivo por la tarde

cuando subíamos a Santiaguño, pero en alguna ocasión era una sorpresa de lo más inesperada y agradable porque era un día de diario y aquello suponía librarnos por una jornada del trabajo cotidiano, claro está.

Aquel viernes al mediodía, estábamos en fila a la puerta del comedor con el barullo acostumbrado, cuando llegó Sor Luisa aparentemente excitada, dando voces. “Fuera de aquí”, “No hay comida”, “A la calle todo el mundo”.

Silencio total. Increíble. Nos dejaba sin comer y nos echaba a la calle. Llamó a unos cuantos de los mayores para que cogieran unos sacos de comida que ya estaban preparados y riéndose abiertamente con aquella gracia que tenía, como buena malagueña, nos dijo: andando hacia Santiaguño, que vamos a comer al monte.

En aquellos tiempos no empleábamos el verbo alucinar, pero creo que un equivalente al mismo es lo que sentimos todos al ver lo que sucedía.

Un día en aquel monte de pinos y eucaliptos, cubierto totalmente con un manto amarillo vivo, del color de las mimosas, era lo mejor que nos podía pasar. Allí se disparaba nuestra imaginación para divertirnos de mil maneras. Unos cazando grillos con las dos técnicas habituales: bien metiendo una pajita o meando directamente por el agujero para que saliera el grillo medio ahogado. Otros se dedicaban a coger lagartos o lagartijas, ciervos volantes, mariposas, etc. Los más combativos organizábamos dos bandos y adentrándonos en el monte construíamos las cabañas correspondientes, arcos y lanzas con las ramas de mimosas para luchar contra el enemigo.

Enrique Sánchez, “el raspa”, también hizo la comunión con nosotros. En cierta ocasión, ya di cuenta del ingenio que tenía. Algunos años más tarde, en el CHOE de Carabanchel Bajo, íbamos por el patio paseando, entonces alguien se le acercó y le pidió un cigarrillo. Sacó un paquete de celtas cortos del bolsillo y arrugándolo entre la mano lo arrojó al suelo diciendo: vaya hombre, no me queda ninguno. Cuando el otro se alejó unos pasos, Enrique se dio la vuelta, cogió el paquete del suelo y me dice: en realidad me queda uno, pero si se lo doy a este, ¿que me fumo yo esta noche?

Me viene esto a la memoria, porque precisamente el día de nuestra comunión, 24 de mayo de 1957, habían ido nuestras madres a visitarnos. Aquella tarde, para celebrarlo, ¡cómo no!, subimos a Santiaguíño y se encontraban mi madre y la del “raspa”, que por cierto era de Melilla, hablando de sus cosas, pero yo, como el que no quiere la cosa, merodeaba por allí al lado para oír lo que decían. Parece ser que mi madre le comentaba que se estaba haciendo una casa nueva en nuestro pueblo de Villoria (León), pero por el momento no me lo quería decir. Acercándome hacia ellas, le pregunté: ¿Que estás haciendo qué? Una farda, una farda. Que se está haciendo una farda (una falda, quería decir), respondió la madre de Enrique, con el mismo desparpajo que él tirara años después aquel paquete de celtas.

Al paso de mucho tiempo de todas aquellas cosas, cuando mis hijas me sorprendían hablando de mis asuntos y querían saber el motivo de la conversación, invariablemente les contestaba: una farda, una farda.

Naturalmente que no podían comprender el significado de aquella palabra, hasta que un buen día les conté toda la historia y el origen de “la farda”. Ahora son ellas las que riéndose sin rubor, cuando alguien se entromete en su conversación y les preguntan de que hablan, les contestan a la par: una farda, que estamos haciendo una farda.

Aquel año en que mi madre estuvo en Santiaguíño, quedó maravillada del monte cubierto por el color amarillo de las mimosas en flor. Siempre me decía que le llevara alguna cuando fuera en el verano para plantarla en el pequeño jardín que tenía a la entrada de su casa. Nunca le hice caso porque para mí resultaba ser una planta vulgar que veía por todas partes.

Ahora, después de los años, me arrepiento enormemente de no haber cumplido aquel sencillo deseo que tan poco me habría costado y tanta ilusión le hacía.

Es algo que tengo pendiente, y cuando pienso en mi madre, cosa que hago con frecuencia, recuerdo aquella bonita tarde en Santiaguíño y su deseo no cumplido de plantar mimosas en su jardín.

En cualquier momento me escaparé en solitario a Padrón, subiré al monte y al lado de aquel muro de piedra, donde ella se sentó, cogeré unas cuantas ramas para llevarle y plantar en la misma tierra donde ahora ella reposa, así cuando florezcan con aquel color chillón y perfume inconfundible, pueda sonreír feliz, donde quiera que se encuentre.

*13 de febrero de 2007*

## LOS MATA CABRAS

Autores: Antonio Hernández Navarro, Francisco Sánchez Navarro, Teófilo Jiménez Muñoz y Artemi García Robayna

Es ésta una breve aventura acaecida por el mes de febrero de 1949, que protagoniza un grupo de siete muchachos, malos estudiantes pero buenos compañeros, alumnos internos del Colegio de La Inmaculada, para Huérfanos de Oficiales del Ejército, en Madrid, cariñosamente llamado por todos “El Palomar”. Tres de ellos, Antonio Hernández Navarro, Pacuco Sánchez Navarro y Teófilo Jiménez Muñoz, sesenta y dos años después ayudan a recordar lo que ahora ven como una insensatez propia de la edad.

Bodega, Cardona (de los que sólo recuerdan sus apellidos), Ángel Sánchez Navarro y Antonio Hernández Navarro, “los mayores”, con una media de edad de 15/16 años, y Francisco Sánchez Navarro (Pacuco, hermano de Ángel), Fernando Solans Rodríguez y Teófilo Jiménez Muñoz, “los pequeños”, de 12/13, son los que en la tarde de aquel domingo de invierno abandonan el centro. Se escapan.

Lo hacen al regreso de la salida de ese día festivo, siguiendo un plan que venían fraguando desde unos ocho días antes, a iniciativa de Hernández Navarro, el cual había logrado contagiar al resto la idea de abandonar los estudios, que tan mal se les daba, e iniciar otra vida en la que no faltasen aventuras. Como

lugar al que dirigirse propuso, y se aceptó, las orillas del río Júcar, entre Alcira y Cullera: una zona en la región valenciana de la que el profesor de Geografía había hablado en clase con tanto entusiasmo, y describió de tal forma, que Antonio quedó embelesado y decidido a conocerla.

La nota curiosa la aporta Teófilo, que, amigo de todos, sin embargo no está al tanto de lo que se venía preparando, y cuando aquella tarde, también de vuelta de paseo, uno de los compinchados le dice “nos vamos a escapar, ¿te vienes con nosotros?”, no lo piensa mucho y pasa a ser el número siete y el menor en edad de los fugados.

Los preparativos se limitan a unos bocadillos hechos el día antes, que guardan en el dormitorio. Llega el momento y Pacuco se presta a subir a por tan escasas provisiones, las cuales envuelve en su capa del uniforme, a manera de talego, pero surge el primer contratiempo. Cuando se dispone a bajar, ve a dos inspectores hablando en un descansillo, conversación que se prolonga y prolonga en exceso, lo cual trasmite desde la ventana del tercero a los que le esperan en el patio. Éstos, aprovechando que se estaba remodelando la fachada y los obreros usan una polea de la que cuelga una cubeta de goma, para la subida de materiales, le sugieren que se ponga de pie sobre la misma y ellos, desde abajo y con la cuerda, le descenderán.

Empieza el descenso y cuando va a la altura del segundo un “gracioso” da “el queo” (por entonces, voz de alerta entre maleantes para advertir de la proximidad de alguien que podría perturbar la fechoría en ejecución, y que, aunque ahora cueste creerlo, se usaba en el Colegio). A la voz de “iqueo, queo, el inspector!”,

Pacuco, en la seguridad de que los de abajo soltando la cuerda desaparecerían, como así fue, se dejó caer desde tal altura resultando con las manos “quemadas” por el roce con la soga .

Superado el trance sin más consecuencias, se inicia la escapada de los siete, vestidos con el uniforme del Centro, según volvieron del paseo, incluida la capa pero sin la gorra, y lo primero que hacen es alquilar en un establecimiento próximo las seis últimas bicicletas que quedaban; una menos de las necesarias, de modo que uno de ellos tuvo que viajar en el cuadro mientras otro pedaleaba. Un gran inconveniente para los dos, fácil de entender, y para el grupo que hubo de marchar más lentamente. Así y todo, cruzan Madrid, llegando a eso de las diez de la noche a la carretera de Andalucía donde, tras esconder las “bicis”, empiezan el camino a pie.

Los siete marchan por el arcén de la carretera, por la que apenas circulan vehículos, ocurriéndosele, no recuerdan a quién, que podrían parar alguno que les llevase, y para ello nada mejor que usar la pistola. Sí, la pistola que Solans trae consigo, propiedad de su abuelo, general del Ejército, y que debió coger aquella misma tarde en el domicilio familiar. Tres o cuatro veces intentan disparar a las ruedas de otros tantos coches sin que el arma, por suerte, respondiera. El desconocimiento de todos de tener que “montarla” (tirar con fuerza de la corredera hacia atrás), una vez introducido el cargador, tal vez evitó una o más desgracias, con sus consecuencias, impensables para ellos en aquellos momentos.

Continúan la marcha, y el cansancio y el sueño les aconsejan buscar un sitio donde resguardarse y pasar la noche, para lo cual se van separando de la carretera,

completamente desorientados, y a la vez acercándose a unas vías de tren que por allí pasan; y esa es su suerte, porque se encuentran con una caseta de RENFE abandonada, en mal estado pero suficiente para que, tumbados en el suelo, procurándose el “calor mutuo” y con el abrigo de las capas, intenten descansar. Era la media noche.

Se despiertan al amanecer, con mucho frío y hambre, así que devoran lo poco que llevan de comer y reemprenden el camino. Ángel Sánchez, intrigado, pronto averigua lo de “montar” el arma, se efectúan algunos disparos de prueba a unos matorrales y la pistola se guarda hasta otra ocasión, que afortunadamente no llega a presentarse. Pero lo que preocupa a todos es qué comer ese y los siguientes días, y en eso estaban cuando ven una cabra atada a una cuerda, sin nadie a la vista por los alrededores; Antonio Hernández se presta a “sacrificarla”, y lo hace golpeándola fuerte y repetidamente en la cabeza con un tornillo de rosca, muy grande, de los que se usan para la fijación de los raíles del tren.

No habiéndose tenido la precaución de llevar una navaja o cuchillo con que despiezarla ocultan el animal muerto, y prosiguen la caminata sin haber resuelto lo del sustento. Más adelante, de un sembrado que bordean cogen unas coles, pero acaban por tirarlas ante la necesidad de prepararlas y no ser capaces de comerlas crudas. Ya es el mediodía y siguen andando, cada vez con más hambre.

Están “entre Pinto y Valdemoro”, de verdad, y de pronto la sorpresa: como saliendo de varios escondrijos en el suelo surgen tres o cuatro guardias civiles que les rodean al grito de ¡Alto, la Guardia Civil! Los fuga-

dos hacen un amago de dispersión y sin oponer resistencia se van entregando uno a uno. Todos no, porque Antonio Hernández sale corriendo con todas sus ganas y no por miedo, recuerda ahora, sino en un gesto de resistencia o rebeldía ante la adversidad y la frustración de la aventura soñada.

Fue una operación bien preparada por la Guardia Civil, sin el riesgo de confrontación alguna, dado quienes eran los buscados y por la procedencia de la orden de encontrarles, a través del Patronato de Huérfanos. Intervino además una pareja a caballo, en un primer momento oculta, puesto que un “guardia montado” salió después en busca de Antonio, ya algo lejos del lugar; cuando le alcanzó le dijo, exagerando, que casi agota al caballo.

Desde allí fueron llevados a la Casa cuartel de Pinto, en cuyo exterior, junto a la puerta, se encontraba el dueño de la cabra, al que le debió resultar fácil averiguar, si es que no lo vio a distancia, quiénes la mataron, tratándose de un grupo de siete muchachos e igualmente vestidos. El caso es que el pastor se había adelantado a dar cuenta a la Guardia Civil y allí estaba. Su reacción al verles fue de una enorme violencia, obligando a los guardias a contenerle en sus repetidos intentos de agresión con el garrote, que no dejaba de blandir, junto con los justificados y airados reproches, porque la cabra que habían matado le proporcionaba la leche para una hija suya enferma.

No faltó tampoco, en medio de los gritos de queja del pastor, cierta ironía o guasa en una de las réplicas, precisamente del “matarife”, quién ahora reconoce que se atrevió a ello por la seguridad que los guardias le procuraban, así como lamenta que su inmadurez juvenil le impidiera disculparse ante aquel hombre

sencillo. Y serenados un tanto los ánimos, parece ser, al prometérselo desde “el Patronato” una pronta reparación por lo sucedido, el asunto se resuelve por la vía amistosa (seguramente, en consideración a quienes eran, o a qué centro pertenecían). A lo largo de la tarde reciben, por parte de los guardias, un trato excelente, si bien superado por sus mujeres quienes, enteradas de lo sucedido y del hambre que traían, les prepararon una magnífica paella. Un gesto que al recordarlo de nuevo agradecen.

La segunda noche de escapados la pasan todos en un mismo cuarto de la Casa cuartel de Pinto, durmiendo en el suelo, cuyo frío vuelven a combatir con el mutuo “calor humano” y las capas por abrigo. Lo hacen resignados a ser devueltos al Colegio al día siguiente, y se preguntan cómo y qué pasará luego.

El que se lleva la gran sorpresa es Antonio Hernández Navarro, que es conducido por un guardia civil, esposado y al margen de los otros seis. Como un delincuente, y por si fuera poco, por un medio tan impropio y humillante como el “auto-stop”. El agente, tras varios intentos, consigue sitio en un camión con destino Madrid, cuyo chófer accede a llevarles hasta el propio Colegio, y allí, en el momento de entregarlo al Director, el agente le quita las esposas.

Tan duro trato debió serlo por su destacado papel sobre los demás, a manera de líder, mostrado en la idea de fugarse, la toma de decisiones, la autoría de la muerte de la cabra y la huida que emprende ante la Guardia Civil cuando les interceptan. De ser así, se deduce que aquella tarde hubo indagaciones sobre la actuación de cada uno de los siete; pero, tantos años después, no vale la pena hurgar en ello.

Los otros seis son devueltos en una furgoneta del Ejército, siendo llevados Teófilo Jiménez y Fernando Solans directamente al colegio de la Institución Divino Maestro, entidad que regenta los colegios del “Patronato” en Madrid, La Inmaculada y Santiago, y cuyo director inspecciona o visita una o dos veces al año. Allí están unos tres meses como auténticos presos: encerrados en una habitación con unos colchones sobre una mesa de reunión, sin actividad alguna, sin cortarse el pelo y teniendo que avisar cada vez que necesitan ir al cuarto de baño; en estos casos venía una empleada a abrirles, la misma que a diario les hace la limpieza y sirve la comida.

Eso sí, pueden hablar con Antonio Hernández, que corre igual suerte en la habitación contigua, en la que ingresa un día después, tras pasar la noche de llegada en La Inmaculada. La única diferencia, no se sabe por qué, es que come con los demás alumnos del centro. Un ventanillo en lo alto en la pared medianera permite la conversación desde ambos lados, y hasta verse si se suben a la mesa. Pasado el período de unos tres meses de reclusión, el trío vuelve a La Inmaculada y allí se separan.

Antonio Hernández es baja en el Colegio y pasaportado para Las Palmas de Gran Canaria, donde se aplica en el estudio y en septiembre, por libre, aprueba el cuarto curso. La medida disciplinaria que se le aplica, sin embargo, no le impedirá un par de años después ser admitido en el Colegio de Santa Bárbara, de Carabanchel Alto, y seguir en él un curso preparatorio, en su único intento de acceder a la carrera militar. Solans, cuya familia, con recursos suficientes, reside en Madrid, al parecer causa baja a petición propia; de él se sabe que ha fallecido.

Y en cuanto a Teófilo, nada más reincorporarse a La Inmaculada es pelado al cero. En todas las clases, desde el comienzo, se le pone de cara a la pared, y en los recreos está permanentemente observado por el inspector de turno. Si éste le perdía de vista hacía sonar el silbato, paralizando todos los juegos hasta que era localizado. Un trato muy severo, que el afectado aún no entiende, máxime cuando es el último en unirse a la fuga, el de menor edad y en nada se significó sobre los demás durante la escapada. Tal vez fuera el precio a pagar por permitírsele su continuidad en los Colegios, en los que en los años siguientes gozaría de un extraordinario afecto por parte de todos los compañeros.

De los otros cuatros “viajeros” devueltos en el microbús militar a La Inmaculada, Cardona y Bodega, con familia o residentes en Madrid, causan baja de inmediato en el Centro, y otro tanto pasa con Ángel Sánchez Navarro (también fallecido), al que se le pasaporta para Las Palmas de Gran Canaria, su lugar de residencia. Su hermano Pacuco, en cambio, siguió en el Colegio e, incluso y contrariamente al trato recibido por Teófilo, no sufre medida sancionadora alguna.

Por las bicicletas abandonadas, y puede que por la parte alícuota del coste de la cabra, las madres recibirían más tarde del Patronato un cargo, que se supone hacen efectivo, aunque también la hubo que se negó a pagar, alegando su modestísima e insuficiente paga de viuda y que, en todo caso, de la custodia y la responsabilidad contraída su hijo durante el tiempo de estancia en el Colegio responde la dirección de este.

Hoy día, Antonio, Pacuco y Teófilo, septuagenarios y residentes en Las Palmas de Gran Canaria, sonríen y

les divierte el recordar todo aquello; no tienen remordimiento por lo que sólo fue un pecado de juventud, y llevan, como han llevado siempre, con gran sentido del humor que se les conozca por “Los Matababras”. Pero se preguntan:

¿Por qué “Matababras”, en plural, si sólo se mató una?

# **VISITA A ARANJUEZ**

Autor: Juan Andrés Álvarez Pérez  
(Curso 1955-56)

## **1ª PARTE**

### **1ª VISITA DEL GENERAL VILLALBA (Papá Ricardo)**

Por la mañana y durante el desayuno, no recuerdo si se filtró o nos lo dijeron directamente. El caso fue que nos enteramos de la visita para ese día, del General Jefe del Patronato de Huérfanos del Ejército, a nuestro CHOE de LA INMACULADA.

En el recreo de la mañana, ya estábamos impacientes los nuevos, y otros no tan nuevos (como yo), que nunca habíamos visto al General, y se preguntaba a los más veteranos. Algunos de estos pasaban del tema y se dedicaron a jugar con las pelotas y demás. Otros más solícitos y complacientes, nos explicaban formando a su alrededor corros espontáneamente.

—No es mucho más alto que yo —decía un pequeño de 3º—, eso sí, el tío es de complexión muy fuerte.

Según hablaba, cerraba los puños y subía un tanto los brazos arqueándolos, en ademán que imitaba a un gorila cuando se dispone a golpearse el pecho y ejercer su autoridad.

No hay que tenerle miedo porque nos quiere mucho.

Cuando se deshacía un corro por falta de información, nos agregábamos al de al lado, y la tónica general era unánime. El General Villalba era muy querido por los Pínfanos, y se había ganado el sobrenombre cariñoso de “Papá Ricardo”.

Cuando nos visitaba, quería que todo funcionase como cualquier otro día.

Al parecer ya estaba en el colegio. El coche oficial en la puerta con su conductor uniformado, así lo confirmaba.

En estos momentos se encontraría con D. Antonio, el Director, más conocido entre nosotros por “El Sasa”, y seguramente viéndonos desde una de las ventanas.

Pronto sonó el silbato, y el silencio no tardó en notarse. Las filas tampoco tardaron mucho en formarse. Como siempre, las cuatro frente a las escaleras. Una por curso.

Éramos conscientes que nuestro comportamiento, ese día más que nunca, debía ser ejemplar.

Al subir las escaleras, dirigí la vista hacia el escapate de “La Petruska”. Con la novedosa visita, se me fue el Santo al Cielo. Ella sabría perdonar.

Llevábamos poco tiempo en el aula, cuando se abrió la puerta, y al ver aparecer al General, el inspector dijo: ¡En pie! Todos obedecemos con celeridad.

El séquito del General se había quedado en la puerta, y este, después de dar los buenos días, dijo al inspector:

—Déjeme solo con los muchachos y cierre la puerta.

El inspector, así lo hizo.

No sé si los demás pensarían lo mismo; pero a mí, desde el primer momento, me inspiró plena confianza.

Se había subido a la tarima, y poniéndose detrás de

la mesa, colocó su gorra y su bastón de mando encima de ella, sentándose a continuación en la silla.

No recuerdo exactamente las siguientes palabras que nos dirigió el General; pero usando una voz cariñosa, en esencia fue así:

—Como sé que vuestras madres no pueden visitaros todo lo que ellas quisieran, lo hago yo de vez en cuando, para que sepáis que no estáis solos; sin embargo, debéis comunicaros con ellas, con vuestros hermanos y hermanas, mayores o pequeños, en casa o en otros colegios, y que esté la familia unida. Así que escribid a la familia, pues las viudas se me quejan de que no lo hacéis.

Además de ser mi obligación, me gusta hablar con vosotros y saber de primera mano si tenéis algún problema que os pueda solucionar. Como veis, no me acompaña nadie, para que me habléis con toda libertad.

—Bien, ¿Quién tiene algo que decirme?

Sabedor de la situación en mi casa, me puse de pie rápidamente diciendo:

—Yo, mi General.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Álvarez Pérez, mi General.

El General que ya había sacado papel, y cambiando el capuchón de la pluma, de delante para atrás, escribió mi nombre, diciéndome después:

—Dime Juan.

—Empezó el curso y el Patronato no ha llamado a mi hermana a ningún colegio. Mi madre dice que con la paga que le queda, no le llega para comer las dos y pagarle un colegio. Tanto es así, que hizo la primera

comuni3n vestida de negro, en lugar de blanco.

—¿C3mo se llama tu hermana y donde viven?

Le dije los datos que me pedía y me contest3:

—Los colegios los tenemos completos; pero veremos lo que podemos hacer.

No tard3 dos semanas, y mi hermana ingresaba en el colegio de María Cristina, en Aranjuez.

## **2ª VISITA DEL GENERAL VILLALBA**

Unos meses despu3, tuvimos otra visita del General.

Preguntado quien tenía algo que decir, me levant3. Dije mi nombre y apellidos, le agradecí el r3pido ingreso de mi hermana y al mismo tiempo le presentaba la siguiente queja:

—A mi hermana Emilia, que como usted sabe est3 en el Colegio de María Cristina, le he escrito varias veces y me extraña mucho no recibir contestaci3n de ella. Lo he hablado con algunos compa3eros y todos coinciden que las monjas no les dan las cartas, porque no creen que sean de los hermanos, sino de los novios. Y como usted nos anima a que estemos en contacto...

—¡Estas... siempre tienen que hacer lo que ellas quieran! No te preocupes que se van a enterar, y tu hermana te escribir3 por la cuenta que les tiene.

—¿Algo m3s?

—SÍ.

Se conoce que el hombre no esperaba mi afirmaci3n, y al 3irla, puso las dos manos sobre la mesa, echando el cuerpo hacia delante, como para 3irme mejor y con m3s atenci3n. Creería era otra queja de las monjas y

parecía un felino a punto de saltar sobre su presa.

—Me dice mi madre, que estando Aranjuez tan cerca de Madrid, es una pena que los hermanos no podamos vernos alguna vez.

—¿Quieres ir a verla? ¿Tienes dinero para el viaje?

—Sí, señor.

—Puedes ir este domingo, si te viene bien. Hablaré con la Superiora, para que no te pongan pegas; pero coge un tren de cercanías, no vaya a ser que aparezcas por allá abajo, por tu tierra.

Se refería a Andalucía, pues lo que antes escribí con eses, debió sonarle algo así: “Zi, zeñó”.

## EL DOMINGO

Aquel domingo por la mañana, me levanté muy temprano. No recuerdo quien me despertó; pero sí, que me indicaba con el dedo en la boca no hiciese ruido, para no despertar a los compañeros.

Me dirigí a la taquilla a recoger mis bártulos de aseo, después fui a los servicios y encendí la luz. Como aun no me había despertado, me pregunté por qué tenía la maquinilla de afeitar dentro de la toalla enrollada. Era la manera de recordar que tenía que afeitarme. Hacía un año que acostumbraba rasurarme regularmente en días alternos; sin embargo no parecía tener mucha falta, ya que me afeité el día anterior.

Todo tenía su explicación. Debía ir bien afeitado, para visitar ese día especial, a mi hermana en Aranjuez.

La maquinilla también era especial, pues la heredé de mi padre, junto con una navaja barbera que dejé en casa, por considerarla más peligrosa. Al igual que mi

progenitor, no la usaba con peine y yo solo cambiaba la cuchilla (marca Sevillana), cada dos semanas o más.

Después de afeitarme, me terminé de despertar, no sé si me lavé a embozadas (haciendo un cuenco con ambas manos para recoger el agua del grifo) o duchándome, pues por más que lo pretendo, no recuerdo las duchas; aunque las supongo.

Cuando terminé de vestirme, fui a apagar la luz de los servicios y salí del dormitorio dejando mis compañeros dormidos como si fuesen angelitos.

Al salir a la calle, aún era de noche y hacía fresco.

Mientras me dirigía al autobús y al pasar junto a las rejas del patio, pensé: “Otro día más que me libro de la Santa Misa, el Rosario y el aburrimiento de este colegio en domingo”. Tenía la suerte de salir casi todos los domingos; pero la Misa diaria y sobre todo el vespertino Rosario (también diario), era demasiado.

## **ATOCHA**

Cuando salí del metro en Atocha, ya había amanecido.

El frente de la estación con su gran reloj, me parecía más bonito, que cuando el verano anterior me fui a disfrutar tres meses de vacaciones, sin haberme examinado.

A pesar de que no llevaba maleta, sentía algo que no me dejaba gozar el momento en toda su magnitud. En esta ocasión era falta de peso; aunque precisamente en el estómago, pues solo había bebido un poco de agua al lavarme y ya era hora de ingerir algo caliente.

Bajé la rampa del lateral de la estación que daba al

Ministerio de Fomento, entré en la estación y fui a una de las dos colas más grande que había, porque encima de las ventanillas había sendos letreros donde se podía leer: “CERCANIAS”.

Gracias a que la gente debía llevar el dinero justo y la gran mayoría sería para el mismo tren, pronto llegué a la taquilla expendedora. Cogí mi billete recién comprado y me lo guardé en el bolsillo. Cruzaba la primera puerta que vi, hasta que me paró el portero y me preguntó:

—¿Lleva billete de andén?

—No.

—¿De dónde es ese uniforme?

Le conté la verdad, la buena. Los Pínfanos me entendéis, ya que en más de una ocasión debisteis encontraros en la misma situación y las respuestas eran diversas. Desde Botones del Banco de España hasta de cualquier otro banco, pasando por Correos o Telégrafos y todo era creíble para los ingenuos preguntones.

—¿Dónde vas?

—A Aranjuez, para visitar a mi hermana.

—¡Ah, bueno! Entonces ese mismo billete vale, si lo tienes ahí y me lo enseñas.

Se lo mostré y al hombre que se le notaba las ganas de ayudarme, era como si se le hubiese quitado un peso de encima. El billete de andén, creo que por entonces valía unas 3 pesetas por acompañante.

—Es que, como te vi sin equipaje...

Aproveché para preguntarle dónde podía desayunar algo y me señaló el bar que estaba allí, debajo del reloj.

Otra vez el reloj grande; pero esta vez por dentro, situado en el centro y en todo lo alto. La pared era la misma. ¿Tendrá la misma maquinaria el de dentro que el de fuera, que accionará las manecillas de las dos esferas? En tal caso, debían estar en distintos ejes de dos en dos, para que todas girasen a dextrorsum.

Desde lejos se percibía el olor a café, que aumentaba al traspasar la puerta y mezclados con otros de bebidas blancas: anís, coñac, chinchón, etc. Al mismo tiempo se sentía un calorcito agradable. El ruido de las cafeteras se mezclaba con las voces de la clientela.

Levantando la mano para que un barman me atendiera, le pedí un vaso de leche, grande y caliente.

—¿Quiere algo más el caballero?

Me empezaba a poner importante por el título; pero hice como si estuviera acostumbrado a que me lo llamasen todos los días en el CHOE y le pregunté:

—¿Qué tiene?

La retahíla fue bastante larga.

—Tenemos magdalenas, churros, porras, montaditos de lomo, sándwiches de jamón, de queso, etc. ...y magdalenas.

Cuando una persona de estas, se sabe todo el menú de carrerilla y te lo dice tan rápido, te haces un pequeño lío; pero siempre queda la musiquilla y en ella tintineando, repetidas las magdalenas. Por un momento pensé, que estaba haciendo mucha propaganda de ellas. Desde que eran más viejas que las vecinas de mi madre, o que eran fáciles de servir o vaya usted a saber. Sin dilación pedí:

—Una ración de churros.

Me puso lo pedido y mientras daba buena cuenta de

ello pensé, que me gustaban más, los que llamábamos en Huelva “calentitos”, que tenían un sabor más parecido a las porras. Estos churros, sabían más a patatas fritas y tenían unas ranuras longitudinales. Aun así, no tardé mucho en dar fin a sus calorías.

Me limpié bien las manos con las servilletas de papel, pagué y visité otra vez el servilletero, por lo que pudiera suceder en el tren y durante el día. A falta de trapillo, metí el papel p´al pecho en el bolsillo trasero del pantalón.

Antes de llegar a la altura del portero, este señalándome hacia la dirección donde estaba el tren, me decía:

— ¡Date prisa, que está a punto de salir!

Siempre he pensado que el personal de RENFE nos tenía mucha consideración.

Me quité la gorra y adelanté a una pareja que iba delante de mí corriendo. Esta carrera después del desayuno, me dejó muy agotado. Cuando subí al tren, todo mi cuerpo transpiraba abundantemente. No se veía que alguien se quedase en tierra. Una larga pitada y el tren en marcha.

Piiiiiiiiiiiiiiiiiii.

## **2ª PARTE - EN EL TREN**

Ya acomodado en mi asiento, pensé que mi hermana me estaría esperando con mucha alegría; pero todo lo demás para mí era una gran incógnita. Desde las monjitas con su Superiora al frente, hasta unas cuatrocientas Pinfanas de diversas edades y a cuál más guapa.

Sabía algunas cosas y otras me las imaginaba; más

lo que era seguro que me perdería, no merecía apenarse, ya que ese día por ser domingo, ni siquiera leería u oiría leer, a alguno de mis compañeros fantásticas aventuras.

Alguien había tenido la brillante idea, que todos los días durante la comida, se leyesen algunos capítulos de una obra de Julio Verne. Con esto nos librábamos de oír el griterío ensordecedor que salía (sobre todo) de las gargantas de la gente menuda. Las obras leídas que recuerdo son:

- 20 mil leguas de viaje submarino
- Viaje al centro de la Tierra
- De la Tierra a la Luna

Un día, al pasar por delante del cine López de Hoyos, vi anunciada en grandes carteleras que llenaban la fachada y a todo color con submarino incluido, la primera de ellas, 20 mil leguas de viaje submarino. Ni que decir tiene, que no tardé mucho en disfrutarla y en ese mismo local.

El comedor de Chamartín se encontraba, al final del pasillo de la planta baja. A mano derecha según se entraba desde la calle. Nada más pasar la puerta, podíamos ver a la izquierda unos estantes, donde se colocaba la vajilla y las paneras con las servilletas. De frente estaba la puerta de acceso a la cocina. A la derecha, el salón rectangular con tres filas de mesas cuadradas, cada una con cuatro sillas. Al final y en el mismo lateral de la puerta de entrada, se encontraba otra puerta; aunque siempre estaba cerrada. Junto a ella, la última mesa de la primera fila, donde ocupé un lugar, desde que ingresé hasta que dejé el colegio. Creo recordar siempre a Orellana enfrente de mí, de los otros dos, soy el primero en lamentar no acordarme.

## LAS SERVILLETAS

Recuerdo perfectamente, que el primer día que comí allí, al coger la servilleta un compañero me dijo “Ahora tienes que inventarte algo con tu servilleta, para que se distinga de las demás, sobre todo, de las de esta mesa”. Me fijé en las de esta mesa y en las más cercanas, efectivamente, alguna tenía un nudo de lo más simple, otras formaban figuras más complicadas y la mayoría estaban desdobladas en aquel instante. El reto no era fácil de superar; no obstante la dificultad de no tener mucho donde escoger, probé a hacer una figura demasiado compleja para mi entendimiento práctico, que en el primer intento, muy poco se podía adivinar la intención del artista.

En los recreos practicaba con mi pañuelo y por fin pude conseguir una bonita tortuga, que dada la lentitud con que estos animales se desplazan, intentaba asombrar a algún que otro de mis compañeros. Para ello, ponía el brazo estirado al frente, con la palma de la mano hacia arriba y encima la tortuga mirándome. Le pedía la acariciase y cuando lo conseguía (con el habitual recelo que podéis imaginar en estos casos), le animaba a que lo hiciera desde la cabeza hasta las patitas traseras, sobrepasándola un poco; pero con mucha lentitud (lo que me dejaba más margen de maniobra), para impulsarla con presteza, lo más fuerte posible con mi dedo corazón. Esto ocurría, en el preciso momento que su mano tapaba mis dedos e impresionaba mucho más, si se acompañaba de un fuerte y rotundo, ¡¡¡ijey!!!

Algunos me decían que parecía más una rana que una tortuga, por los saltos tan grande que daba; pero

el caparazón no dejaba la mínima duda que se trataba de un quelónido. Cuando me preguntaban que como se llamaba, les decía que su nombre era Chelónia; pero yo en la intimidad le llamaba Cheli, además de más corto, también era más cariñoso y ella se lo merecía por buena chica.

## **LLEGADA A ARANJUEZ**

Faltaba poco para llegar a Aranjuez y se notaban los campos verdes y las arboledas típicas ribereñas; más no solo junto al río, sino también alejados de él, formando un gran vergel. No era extraño recordar sus fresas y los no menos afamados espárragos. También era de suponer, que sus jugosas hortalizas abastecieran el mercado local de manera absoluta y gran parte del de Madrid.

Al salir de la estación, me encuentro en una población desconocida. No tengo otro remedio, que preguntar por el colegio de María Cristina. Así que pongo manos a la obra.

Parece que a todos y todas a quienes pregunto, le es conocido el colegio; pero se me hace que está muy lejos de la estación para males de mis pobres pies, que no acaban de adaptarse al par de zapatos de “segarra”. Lo contrario es imposible.

Por fin y cuando ya desesperaba de tanto andar me dicen señalando hacia él: Ese es el colegio y la puerta principal esa con... unos hierros sujetando un toldo o algo así, para guarecer del sol y sobre todo de la lluvia, mientras esperan a que abran la puerta.

## ESPERA EN LA SALA

Junto a la sala de espera, había una habitación, que según parece, era la sala de las transmisiones, donde una monja sin menoscabo de su hábito, se colocaba el microplastón encima del velo, toga, toca o como narices se llame la prenda de cabeza y con una clavija en cada mano, enchufaba una a un jack y otra a otro. A veces mantenía una de la llaves conmutadoras apretada con la mano izquierda, mientras que con la derecha daba vueltas a la manivela de la magneto con una viveza impresionante.

Creo que esta monja era la que me recibió en la puerta y me hizo pasar a la sala de espera.

Los domingos debía tener trabajo extra, pues las madres que podían, llamaban a sus hijas y aquella monja no paraba de accionar sus manos. A veces decía palabras y frases muy cortas que repetía a menudo: ¡Sí! ¡Diga! ¡Le paso! ¿Con quién? ¡Hablen, hablen! ¡Terminaron, terminaron, corto!

Supongo que el General Villalba tampoco podría con ellas en el momento de las escuchas ilegales; aunque después guardasen o no el secreto profesional de las transmisiones.

La central se me parecía con un piano. En el siguiente año supe que se trataba de la centralita Standard de 150 líneas, sin que por ello tengan que estar cubiertas todas.

En los años cincuenta, la mayoría de los pueblos de España, lo mismo que los Acuartelamientos, Bases Aéreas o de la Armada, tenían este aparato.

En mi casa nunca habíamos tenido teléfono, ni en la casa del pueblo ni en las otras de los distintos destinos

de mi padre; pero mis tíos de Madrid, todos tenían. Mis tíos de la calle Escosura tenían el 24.65.04. Fue el primer número telefónico que me aprendí de memoria y como veis aún lo recuerdo, o sea, que la memoria falla para unas cosas y para otras no.

Yo estaba inquieto por la espera tan larga y andaba de un lado para otro. De vez en cuando, me paraba para espiar a la centralista. En un par de ocasiones me dijo:

—Síntese por ahí que no tardarán.

Menuda bronca le habrá echado “Papá Ricardo” a la Superiora, para que me castiguen tanto tiempo esperando aquí. Por más que miro por la ventana poniéndome de puntillas no veo alma viviente. Tampoco oigo voces que no sea la de la centralista, que repite las palabras como un loro. Fijándome bien en su cara afilada y su nariz un tanto aguleña, bien pudieran haberle puesto ese mote. ¿Dónde tendrán encerradas a las chicas? Supongo que les estarán leyendo la cartilla, para que no alboroten cuando me sienta a comer con mi hermana y otras dos compañeras. La que me deje su sitio en la mesa, pudiera ser que lo perdiese jugando a los chinos. Al menos, eso sería lo que haríamos los chicos en Chamartín; pero claro, a ellas no les permitirán estos pecaminosos juegos de azar.

Cansado de ir y venir del alto ventanal, a la puerta de la sala, cuando oigo unos pasos que se aproximan y haciéndome el bueno, me siento, levantándome cuando entra mi monja superintendente.

—Venga conmigo para llevarle a comer.

Cruzamos dos patios e incluso me parece que atravesamos un tercero, porque el cuarto donde entramos

estaba al extremo contrario en diagonal, es decir, entramos por el lateral derecho y al llegar al final giramos a la izquierda, haciendo una L, encontrándonos la puerta de frente. El cuarto era bastante amplio.

—Yo creí que comería en el comedor con mi hermana.

—Ella está comiendo con las compañeras. Este cuarto es donde normalmente planchamos; pero esperamos que se sienta aquí cómodo, ya que es un lugar discreto y lo mejor que podemos ofrecerle. Siéntese mientras le voy por la comida.

Me senté en la silla que había junto a la mesa y cuando salió, me quedé pensando donde pondría la gorra. Si encima de aquella enorme mesa o... ¡menudo susto! En un instante apareció en la entrada, portando una bandeja entre sus manos. Era imposible que hubiese ido a algún sitio; aunque hubiese sido volando, cosa poco probable, y en las inmediaciones, yo no había visto ninguna puerta donde poder ir y volver tan rauda. Solo se me ocurrió, que otra persona se la acercara y se la entregara por el camino.

Las niñas estarían en el comedor; pero ¿dónde estaría el comedor que desde allí no se oía ni el vuelo de una mosca?

Al menos la bandeja venía bastante surtida, varias clases de quesos formando cuñas e incluso uno pequeñito redondo que me pareció muy raro, mantequilla y mermeladas de varios colores. Yo esperaba que me dejase solo para poder atacar a gusto; pero ella al verme indeciso empezó a destapar mermeladas, animándome a que empezase sin demora.

Yo suponía que aquella comida, no era lo que le daban a las chicas de aperitivo, ni siquiera en domingo, más bien sería como consecuencia de alguna buena

reprimenda procedente del Primer Jefe de los Pífanos de España; no obstante pregunté, más que nada, por hablar algo:

—¿Todo esto les ponen a las chicas los domingos para comer?

—No, esto es un aperitivo que le ponemos a usted, por gentileza de la Madre Superiora. Toda esta comida es de su propiedad particular.

Siempre había oído, que a las monjas, tenían que dotarla de un ajuar, su familia o alguna amistad; pero que no podía tener otros bienes privados. En este caso, no me importó lo más mínimo que existiera alguna excepción a la norma y no iba a ser yo quien pusiera alguna clase de reparo.

Nunca me podré olvidar de aquel buen hombre, que hizo posible, que ese día, me diera el banquete más copioso de mi vida. A decir verdad, todo era copioso a excepción del pan, que era simplemente abundante. Vamos, que me di una panzada, que ni el mismísimo Sancho (sí, sí, el escudero más famoso del mundo), la hubiere imaginado mejor.

Cuando me trajo el primer plato (supuestamente del menú general de M<sup>a</sup> Cristina), me dice la Sor, refiriéndose a los entremeses:

—Se lo puede comer todo ¡eh!, pues, todo eso, es solo para usted; aunque yo no dejaría enfriar el primer plato y luego continuaría.

En cuanto salió, pensé que no sería capaz de comerme ni la mitad, ni aun forzando el estómago hasta reventar.

Desde el principio, comía un trozo de queso de este, otro trozo de ese otro, de manera que cambiase de sabor a cada momento. Algunas veces repetía sabor.

Cuando creí que ya estaba bien de queso, me pasé a las mermeladas. Había probado un par de ellas, cuando al catar la tercera me llevé la sorpresa, era más amarga que la hiel. Ni que decir tiene, que le puse su tapa y la aparté de mí.

El dilema llegó, cuando quise volver a los quesos, porque después de lo dulce, podían hacerme daño. Tenía a primera vista dos opciones: Tomar mermelada amarga como paso intermedio (desechada al instante) o simplemente probar sin más. Esta vez los trozos son más pequeños y el pan el mínimo; no obstante me di por vencido ante tanta abundancia. Quizás influyera un poco, la manera de hacerme ver, que era posible comérmelo todo. Parecía que era una obligación.

En todo el colegio de La Inmaculada, no creo que hubiera un carpanta, capaz de dar fin a tanto consumo.

No recuerdo que comida tenían; pero debía estar buena porque comí bastante a pesar de los entremeses.

La monja solo estaba conmigo lo imprescindible para llevarme un plato u otro. Al final viendo que terminé con el postre, me preguntó.

—¿Se ha quedado usted satisfecho?

—Sí, gracias, Sor.

—Vayamos entonces a la sala de espera y espere allí a que llegue su hermana.

Nada más dejarme solo en la sala, corrí dos o tres agujeros del cinturón.

Llegada de mi hermana, con una sonrisa que casi no le cabe en la cara, los besos de rigor y enseguida ella que está loca por salir de allí, me lo dice y salimos por aquel gran portalón a la calle, en dirección al Jardín

de la Isla.

Por el camino me dice que ya las monjas le habían dado las cartas que yo le envié.

*28 de agosto de 2005*

# AÑORANZAS NAVIDEÑAS

Autor: Lucas Remírez Eguía

*Oh, blanca navidad, nieve  
una esperanza y un cantar  
recordar tu infancia podrás  
al llegar la blanca navidad*

## I

Época de muérdago, abetos y ramas de pino convertidas en pequeños árboles caseros llenos de adornos, de belenes y trineos, de Reyes Magos y Papá Noel, de villancicos, de deseos de paz y felicidad, de paga extra, de excesos gastronómicos, de turrones, de reencuentros familiares, de nostalgias, de recuerdos...

MUNDI recordaba que, durante su infancia, había pasado diferentes tipos de navidades, unas, en vida de su padre, otras, en concreto dos, en el colegio y las más con su madre. Las del colegio hacía lo posible por olvidarlas y prefería recordar el resto y sus recuerdos eran de unas navidades en blanco y negro. El blanco lo daba la nieve, porque, entonces, todos los años nevaba por esas fechas y nevaba mucho y a él niño, le llamaban horrores la atención los copos cayendo mansamente y extendiendo una alfombra blanca por las calles de la que luego, si “cuajaba”, se podían hacer

bolas y muñecos con nariz puntiaguda. Cuando nevaba, la gente decía que templaba, pero, antes y después, hacía muchísimo frío.

Del blanco también formaba parte su inocencia, la inocencia de su niñez, la inocencia con la que, a esos años, un niño ve las cosas y sobre todo, si esas cosas iban envueltas en una magia que lo envolvía todo. El negro lo daba la época, el vestir de la gente, la escasez de alumbrado en las calles, que hacía que, en cuanto anochecía, se quedaran desiertas, la suciedad de las fachadas de las casas... Pero eran las navidades que iban ligadas a su infancia y las recordaba con ternura y para él, fueron sus navidades, sus navidades de entrañables recuerdos...

Los niños de San Ildefonso iban desgranando con su sonsonete los números agraciados con premio en la Lotería Nacional y con esa musiquilla, se despertaba Mundi el primer día de vacaciones. Dormía con un pijama de franela, con unos calcetines de lana que le había hecho su madre, por lo de los sabañones y con la sábana y dos pesadas mantas encima, el embozo le llegaba justo hasta la nariz. El olor del desayuno venía desde la cocina, y el saber que no tenía que volver al colegio en más de quince días, le hacía arrebuarse otra vez en la cama, lleno de gozo, hasta que su madre le llamaba para que saliera a desayunar.

Se levantaba y se vestía de prisa, ya que la habitación estaba muy fría, abría la contraventana y frotaba los cristales empañados, para mirar la calle a través de ellos. Los tejados de las casas de enfrente estaban blancos, por la noche había nevado.

El desayuno lo hacía en la cocina, bueno, el desayuno,

la comida, la cena y la mayor parte de la vida en invierno. Por la tarde, si durante la mañana había hecho sol y el cuarto de estar se había caldeado, entonces, con el brasero y la mesa camilla, se podía pasar en él la tarde.

La cocina daba al patio de luces y era amplia, una ventana de las de guillotina, daba luz, ventilación cuando hacía falta y acceso a la fresquera, que era una especie de cajón con paredes de malla metálica, donde se dejaban los alimentos para que se refrescaran. En aquellos años no había frigoríficos y en hogares muy avanzados, empezaban a estilarse las neveras que funcionaban a base de trozos de barras de hielo. Había también una puerta, que comunicaba con la despensa, donde se guardaban los productos no perecederos.

Una mesa y cuatro sillas completaban el mobiliario de la cocina, en una de cuyas paredes había un calendario con San Antonio como figura principal. Al principio, las sillas se ocupaban todas, luego, más tarde, con la ausencia de su tía y la muerte de su padre sobraban dos. Mundi se preguntaba por qué no se quitaron las sillas, pero allí seguían y siendo más mocito comprendió que era una de las mil formas que empleaba su madre para tener presentes a sus seres queridos y ausentes.

Pero la protagonista del habitáculo era la cocina económica. De hierro, negra, dos fogones, una puerta frontal que daba acceso al horno, otra, más pequeña, por donde se sacaba la ceniza que originaban el carbón y la leña en la combustión, ¡ah! y un grifo por donde salía el agua caliente de un depósito que tenía la cocina y que se llenaba diariamente de agua para que se fuera calentando. A un costado de la cocina, la fregadera, de una especie de granito, con dos partes: una para fregar y la otra con una rampa ondulada, para frotar la ropa

cuando se lavaba. La salida de humos de la cocina era una chimenea, incrustada en la pared, con el “tiro” que permitía entrar más o menos aire para la combustión.

Al otro costado de la cocina, una superficie de baldosa blanca, debajo de la cual se guardaban la leña y el carbón y que servía a su madre como mostrador, donde preparar los alimentos que luego cocinaba. Así que en ese escenario Mundi desayunaba y comía y cenaba. Un día tocaba café (más bien malta) con leche y una rebanada de pan con nata.

Al hervir la leche, en aquellos tiempos la leche venía del proveedor al consumidor, daba una nata de casi un dedo de espesor que esparcida por la rebanada de pan y con un poco de azúcar le sabía a Mundi a gloria. Las comisuras de los labios se le quedaban llenas de nata y azúcar, su madre le decía: “Límpiase los labios” y él lo solucionaba pasándose la lengua.

Otros días, era pan con aceite y azúcar o galletas María o simplemente leche con pan “migao” del día anterior, sopas, que decía Mundi. Como extraordinario, había veces que su madre compraba un bote de leche condensada y lo ponía al baño María; la leche se convertía en una pasta marrón que extendida por el pan le sabía riquísima. Muchos años después, en un viaje a Argentina, comprobó que lo que allá llamaban el dulce de leche, dulce tradicional, no era ni más ni menos que una variante de lo que él había desayunado entonces.

A Mundi, en esas fechas, le encantaba acompañar a su madre a la compra. Era para él un mundo desconocido y se lo pasaba bomba por eso, la víspera de Nochebuena cuando su madre se empezaba a arreglar, él, hacía lo propio y con sus medias de lana hasta la

rodilla, sus chirucas, sus pantalones cortos, (ya tenía ganas de crecer para que le pusieran bombachos que, en aquella época, era el paso previo a los pantalones largos), su camiseta de felpa de manga larga, su camisa de franela, su jersey de cuello alto y su abrigo, se preparaba para ir con ella. Antes de salir, había veces que su madre le ponía una boina marrón, aunque esa prenda no le gustaba mucho y siempre que podía se la quitaba. Sí admitía, una bufanda que le tapaba hasta justo debajo de los ojos y unos guantes de lana. Así, de esa guisa y de la mano de su madre se iba con ella para “hacer la plaza.”

Para ir al Mercado de Abastos, que así se llamaba, tenían que recorrer unas cuantas calles. En el trayecto, no dejaban de encontrarse con alguna conocida que, a pesar del frío, se paraba para hablar un rato aunque fuera corto y es que, en aquellos años, se conocía todo el mundo en una capital de provincias pequeña como aquella. El tráfico era escaso, hasta tal punto, que todavía no habían instalado semáforos.

La circulación la regulaban, en los principales cruces de calles de la ciudad, los guardias urbanos ataviados con un uniforme azul marino, sobre el que iba un larguísimo capote del mismo color y un correaje blanco del que pendía una porra. En la cabeza un casco blanco y en las manos guantes igualmente blancos. Un silbato estridente y un movimiento continuo de brazos, indicaban a los escasos conductores lo que debían hacer. Ese día, en torno al urbano, descansaban unos paquetes, obsequio de algunos conductores en agradecimiento a su labor. Era el aguinaldo.

El Mercado de Abastos era un edificio grande que estaba en el centro de la ciudad y tenía dos pisos. En el que daba a la calle, estaban las verdulerías con

productos traídos de madrugada directamente del campo. En el piso superior, las pescaderías y las carnicerías, pero lo que de verdad le gustaba a Mundi era, en esas fechas, el exterior del mercado.

Unos hombres vestidos con unos blusones grises, pantalones de pana negros y muchas veces albarcas, custodiaban, en un pequeño cercado, a los pavos en espera de que alguien les comprase alguno. Pavos vivos, lo mismo que los capones y las gallinas que había un poco más allí. Su madre solía comprar capón pues para pavo no llegaba. El problema era que el capón, con las patas atadas, lo metían en una cesta y había que matarlo en casa.

Cuando vivía su padre, era él quien lo hacía, pero luego, tenían que recurrir a una vecina que era una auténtica maestra en el arte del degüello. Mundi colaboraba en el desplume del animal, una vez muerto. Se guardaba alguna pluma de las largas para jugar con sus amigos a los indios. Otra cosa que compraban era el cardo que, a Mundi, le gustaba mucho como lo ponía su madre, con una salsa de almendras riquísima.

El día 24 por la mañana, acompañaba a su madre a otro de los lugares que a Mundi le encantaba: la tienda de ultramarinos...

Cuando se entraba a la tienda, a la derecha, había un montón de sacos, cada cual con un letrero, en los que se encontraban las legumbres. A la izquierda, las verduras y las frutas y al frente, el mostrador con su balanza de pesas y tras del que el tendero, Celestino se llamaba, con guardapolvo azul, atendía a su clientela. En la pared frontal, detrás del tendero, estanterías y cajones donde se veían los chocolates, el laterío, las especias, el azúcar, la sal, la harina y en esa época, los

turrone, los mazapanes, los polvorones, el guirlache...

En un costado, un bidón, con una bomba manual, con la que se extraía el aceite que demandaban las clientas; pero a Mundi lo que le llamaba la atención era la romana. Colgaba pendida de una cadena sujeta al techo y se empleaba para pesar las patatas. La miraba con el ceño fruncido, porque Mundi cuando veía algo nuevo para él o le decían algo que no entendía, fruncía el ceño. Al entrar en la tienda, su madre pedía la vez y esperaban a que le tocara el turno. Mientras, Mundi oteaba las mercancías de la tienda y en voz baja le decía a su madre: "Compra castañas".

Le gustaban las castañas, unas veces las comía asadas en el fogón y otras se las hacía su madre cocidas en un puchero con unos granitos de anís. Allí compraban, además de las castañas, turrón blando y duro, este último, era gordo, casi como un ladrillo, para comerlo hacía falta primero romperlo con un martillo, polvorones, que a Mundi le gustaba apretarlos antes de quitarles el papel para luego metérselos en la boca y casi asfixiarse, hasta que conseguía irlos tragando poco a poco, los mazapanes, que no le gustaban tanto y unas barritas de guirlache, que esas le gustaban un montón.

Una tableta de turrón de yema, que le gustaba a su madre, y unas almendras garrapiñadas completaban la compra. ¡Ah!, y una botella de sidra El Gaitero. Moscatel, vino rancio o vino dulce, que es como también se le llamaba, anís del Mono y coñac Soberano, había siempre en el aparador de casa, por si venía alguna visita.

Lo que en esos años Mundi no acertó a descubrir es que, en la tienda, además de todo lo que había visto,

había un libro alargado en el que, en las hojas, que encabezaban los nombre de algunas de las clientas, se iba anotando los importes de las compras hechas cada día y a finales de mes, éstas, compensaban la totalidad o parte de la deuda, generalmente parte. Y el nombre de la madre de Mundi encabezaba una de esas hojas. Pero Mundi era ajeno a esos problemas y mientras volvían a casa sólo estaba deseando que llegara la noche para poder comer turrón, porque, eso sí, hasta que no llegaba esa noche no se comía nada de lo que se denominaba “dulces de Navidad” y la norma se guardaba a rajatabla.

La relación madre hijo no siempre era de color de rosa sobre todo para Mundi. En esos días, como hacía mucho frío y al no tener que ir al colegio, pasaba muchas horas en casa. Con los amiguitos salía alguna vez o solían reunirse en casa de alguno de ellos. El día era largo y Mundi, como cualquier niño de su edad, tenía ratos en que hacía todo lo posible para incordiar a su madre. Ella, al principio, le avisaba y aguantaba, pero llegaba un momento en que no había otra solución que la que mejor entendía el chaval: ¡La zapatilla!

Cuando su madre se quitaba la zapatilla, el subconsciente de Mundi actuaba como un juez en una carrera de atletismo y le indicaba que el pistoletazo de salida había sonado y Mundi iniciaba una carrera desahogada, por el pasillo, en busca de su habitación, con su madre detrás. Había un problema, el pasillo daba una vuelta en ángulo recto sin peralte y allí llegaba Mundi pasado de revoluciones y sin frenos, con lo que irremisiblemente se daba con la pared de enfrente y en el rebote, justo en ese momento, ni antes ni después, en ese preciso momento, es cuando su madre le colocaba el

zapatillazo en una de las dos nalgas, sin preferencias, en la que le cayera más a mano.

Ahí se terminaba la carrera. Mundi, entonces, adoptaba una postura muy digna y con la mano puesta en el lugar dolorido, el cuerpo erguido y paso decidido, alcanzaba, por fin, su habitación, se encerraba en ella y entonces rompía a llorar. Se bajaba el pantalón y su calzoncillo de bragueta y en el espejo del armario se miraba la manzana maltrecha y conforme la silueta de la suela de la zapatilla se iba dibujando más netamente sobre su piel blanca, más grande era el llanto y la congoja de Mundi. Pero todo pasaba, al cabo de un rato salía de la habitación y con un “¿me perdonas?”, hacía las paces con su madre. Ella siempre le perdonaba y le pedía un beso a cambio. Besos de madre, besos que luego allá, en los colegios, echaría de menos. Besos que trataban de borrar los chorretones que el llanto había dejado en los carrillos de Mundi, besos de amor como sólo ellas saben darlos, besos que quedan en el recuerdo y que con el paso de los años se echan en falta.

## II

Su madre, siempre pendiente de todos, de hacerles felices. Cuando vivía su padre, pendiente de los dos, luego, dedicada a él, quedándose siempre la última y siendo la primera en las privaciones. Se las ingeniaba para estirar la paga de forma inverosímil. Recordaba Mundi, de donde había salido el abrigo que llevaba de pequeño. Se deshizo un abrigo viejo de su padre, se le dio la vuelta a la tela y unas hermanas modistas, que vivían en el piso de arriba, se lo hicieron para él, por supuesto más pequeño, y muy bien hecho, pero con un

fallo.

Las modistas, acostumbradas a coser para mujeres, le pusieron la botonadura al revés y ahí estaba Mundi, abrochándose el abrigo a la izquierda. Fue su tía la que dio la voz de alarma: "A este niño le veo algo raro". Vuelta con el abrigo a las modistas para que cambiaran la botonadura, cierre de los antiguos ojales y apertura de otros nuevos, cambio de lugar de los botones y por fin, Mundi hecho un señor.

No le hacía falta abrigo, pero poco menos, durante los ratos que pasaba en el cuarto de estar preparando su belén. Sobre un tablero, con una caja de zapatos organizaba un portal, dentro colocaba las figuritas que eran de barro y pequeñas. De algún tiesto de su madre cogía tierra y la esparcía por el resto del tablero. Un vecino, cuyo padre tenía una huerta, se encargaba de traer musgo para los belenes de todos los amigos.

El río lo hacía a base de papel de plata y no faltaba la lavandera que colocaba en una orilla. En un costado, organizaba unos surcos y allí ponía un labrador cavando. Su madre le solía comprar alguna figurita nueva cada año: un pastor, unas ovejas, una casita. Con un poco de harina espolvoreaba lo que sería la nieve. Pero lo que no faltaba era un camino por el que venían los tres Reyes Magos. Para él, era una cosa mágica que cada día apareciesen más cerca de portal y mientras duró la magia, todas las mañanas, cuando se levantaba, lo primero que hacía era ir a ver lo que les faltaba para llegar, porque, eso, significaba que era lo que a él le quedaba para que le trajeran los juguetes...

El tablero estaba sobre una mesa pequeña y ésta apoyada a la pared donde, Mundi, colocaba un rectángulo de papel de estraza azul, a guisa de cielo, que su

madre le sujetaba con unos alfileres. Sobre el papel, pegadas con un poquito de engrudo, unas cuantas estrellas y una más larga y con cola.

La verdad es que durante los días previos a la Nochebuena, Mundi llevaba una vida muy agitada. Se lo pasaba en grande abriendo la puerta a los que venían a por el aguinaldo.

En aquellos años, ni el cartero, ni la lechera, ni el panadero, subían a las casas. Llamaban desde abajo, si la casa tenía timbres en el portal, al timbre y si no, usaban el picaporte (tres golpes limpios, 3<sup>o</sup> dcha., tres golpes y repique, 3<sup>o</sup> izda.), en ambos casos, con timbre o con picaporte, después de llamar gritaban: ¡cartero!, ¡el pan! El del hielo era otra cosa, llamaba y sin esperar, dejaba en el umbral del portal el trozo de barra de hielo que correspondía al vecino que estaba abonado. Si éste tardaba en bajar o no estaba en casa, cuando quería recoger el hielo, sólo encontraba un charco de agua.

“¡Hijo, baja al portal que llama el cartero. Será carta de la tía!”. Y Mundi bajaba las escaleras hecho una exhalación. El cartero, con su enorme carterón de cuero colgado del hombro, esperaba paciente.” Toma chaval para tu madre”, y Mundi, vuelta otra vez escaleras arriba con la carta. De por sí corría, pero mucho más, cuando pasaba por el primer piso, ya que, en la mano derecha, vivía una señora que, en realidad, era muy buena y no se metía con nadie y menos con Mundi, pues tenía un hijo más o menos de su edad, pero había un pequeño detalle que a Mundi le ponía los pelos de punta cuando la veía y es que iba a la calle vestida con hábito.

Una promesa que contrajo cuando su hijo mayor cogió la tuberculosis. “Si me lo salvas llevaré hábito hasta que se case”. Se salvó, pero no había manera de que se casase y ahí andaba la mujer con su sempiterno hábito. Mundi, era demasiado pequeño para entenderlo.

Esos días, todos subían a los pisos. “El cartero les desea Felices Pascuas”, decía en una tarjetita que entregaba cuando se le abría la puerta. Lo mismo el carbonero, y el sereno y la lechera. Todos a por el aguinaldo.

Llegaba la noche del 24 y las calles de la ciudad se iban quedando desiertas, las últimas tiendas cerraban sus puertas y las pocas personas que se veían por la calle, caminaban de prisa y encogidas con las manos en los bolsillos, deseando llegar a sus casas. Por el patio de luces de la casa, se oía el trajinar en las cocinas de las vecinas preparando la cena.

En casa de Mundi había una tradición y era que tanto en Nochebuena como en Nochevieja el plato fuerte era pescado y los días de Navidad y Año Nuevo era la carne. Pero Mundi con lo que era feliz era con los postres, estaba deseando de terminar para que su madre sacara la bandeja donde estaban todos los dulces que habían comprado. Y llegaban los postres y ahí era el momento de Mundi.

Su madre disfrutaba viéndole comer los dulces y cuando tenía el polvorón en la boca le decía: “A ver si eres capaz de decir Pamplona” y Mundi Pamplona no decía, pero ponía todo perdido de trozos de polvorón. Una vez, en vida de su padre, le dieron a probar un poco de sidra y el resultado fue que el gas se le subió por la nariz y además de producirle unos lagrimones

como puños, Mundi, soltó un eructo, tal cual un peón caminero después de almorzar al borde de una cuneta.

En la memoria de Mundi, esas cenas estaban cubiertas de un tinte de amargura. Su madre hacía lo posible porque se sintiera bien, pero no podía evitar el recuerdo de los ausentes, ese sitio vacío en la mesa representaba para ella un abismo, el todo o la nada, por eso, cuando Mundi fue un poco mayor, no paraba de hablar durante la cena contándole mil y una peripecias de su estancia en los colegios, haciéndola reír, y tratando que durante ese rato su madre fuese feliz. No podía evitar que, en algún momento, se hiciera el silencio y los ojos de su madre perdieran ese brillo del que hacía gala, nublados por alguna lágrima. Con la vuelta de su tía la cosa se animó porque la que no paraba de hablar era ella, aunque siempre, siempre, había un momento en que el recuerdo se apoderaba de la velada.

Dos fracasos constaban en el currículum de Mundi por esas fechas, uno tenía relación con la Misa del Gallo. Un año se empeñó en que quería ir y fueron y entre el calorcito de la iglesia y la digestión de la cena fue entrar y quedarse dormido como un tronco.

El otro en Nochevieja. Se quedaban después de cenar escuchando la radio hasta que llegaban las doce campanadas, pero Mundi nunca aguantaba, terminaba dormido encima de la mesa. Su madre le despertaba cuando iban a sonar las campanadas. Era un desastre, pues entre que estaba adormilado y lo grandes que eran los granos de uva, sólo llegaba a meterse en la boca los tres primeros, el resto los guardaba para el día siguiente ante el peligro de atragantarse.

Sí recordaba que, un año, su madre el día 30 le dijo: "Hijo, mañana por la mañana llega a la fonda, que está a la vuelta de la esquina, un hombre que tiene más ojos que días tiene el año". Mundi frunció el ceño, y su cerebrillo empezó a procesar el dato. No dijo nada pero el día 31, él y un par de compis, provistos de sus correspondientes abrigos y bufandas, estaban desde horas bien tempranas apostados, cerca de la puerta de la fonda, contando los ojos que tenían todos los hombres que entraban en ella.

Cuando su madre bajó para hacer la compra allí los encontró con cara de desánimo. Le dieron pena y no pudo por menos de explicarles el quid del dicho. En compensación, les dio dinero para que se compraran chicle bazooka y regaliz de palo.

Por la radio se oían las campanadas y la radio era una inseparable compañera en aquellas fechas. Alberto Oliveras, cargaba las tintas durante esos días con su "Ustedes son formidables", presentando casos que ponían el corazón en un puño. El contrapunto lo ponían "Cabalgata fin de semana", Pepe Iglesias "el Zorro", aquellas voces familiares de Pedro Pablo Ayuso, Matilde Conesa, Matilde Vilariño y tantas otras, que hacían volar la imaginación, interpretando a personajes que acababan convirtiéndose en ídolos de los oyentes. Además los villancicos, a todas horas villancicos. En la emisora local el programa "Por la sonrisa de los niños" recaudaba fondos para comprar juguetes a los niños pobres.

En vacaciones, con el frío que hacía, el refugio de los niños era el cine y como las sesiones eran continuas y de programa doble, mejor que mejor. Desde el gallinero, con su bolsa de pipas, Mundi, era feliz viendo: "Manolo guardia urbano" o "Cerca de la ciudad"

donde Marsillach, hacía de cura de un barrio marginal de Madrid, y al Gordo y el Flacoy a Charlot y a Rintin-Tin. En las españolas se hacía alusión a la Navidad. Pero la película que le sorprendió a Mundi, siendo un poco más mayor, fue “Navidades blancas”. Ahí es donde se dio cuenta de que había unas navidades diferentes, navidades en colores. Pero él estaba viviendo la suyas, las navidades de tintes grises, a lo sumo sepías y que a falta de referencias, coloreaba, a su aire, con esa paleta multicolor que da la ilusión de la niñez.

### III

Las figuras que representaban a los Reyes Magos no distaban ni un palmo de su destino y Mundi estaba cada vez más nervioso ya que, veía, le faltaba menos para disfrutar de sus juguetes.

La carta la escribía siempre con mucha antelación, su ingenuidad le hacía pensar que convenía escribir pronto no sea que se terminasen los juguetes y se quedase sin nada. Se esmeraba en la letra para que le entendieran bien. Le habían inculcado que no había que pedir demasiados juguetes, pues así llegaba para todos. Pero él, a lo suyo, bastantes días antes de escribir la carta, pegaba la nariz a los escaparates de las tiendas de juguetes y empezaba a hacer su lista mental para plasmarla en la misiva.

El acontecimiento de Reyes tenía su ritual, la víspera por la tarde, su madre preparaba en casa una merienda de chocolate hecho y picatostes. Lo hacía muy bien, compraba una tableta de” chocolate de hacer”, dura y negra como el tizón, la rallaba y una vez hecha polvo, la mezclaba con leche caliente y al fuego

lento, en una cazuela, despacito, le iba dando vueltas, con una cuchara de palo, hasta que hervía. Mundi invitaba a dos o tres amiguetes y sentados en torno a la mesa de la cocina, esperaban a que se hiciera. Su madre colocaba la cazuela con el chocolate en el centro de la mesa y una fuente con pan frito y azúcar, les iba sirviendo y hasta que no terminaban la cazuela, no se levantaba ninguno. Una vez vacía la cazuela, uno a uno pasaban por la fregadera donde su madre, les daba un buen refrotado de cara para quitarles los restos del chocolate. Luego, bien abrigados, se iban a ver la cabalgata de Reyes.

La verdad es que Mundi recordaba que la cabalgata era un tanto pobre y triste. Al principio una carroza, que no recordaba bien a qué hacía alusión, porque de lo que se acordaba era del plato fuerte que venía después: ¡Los Reyes!

Venían en caballos y acompañados por unos pajes a pie. Mundi no sabía, que los caballos eran del cuartel de su padre y los pajes, soldaditos debidamente caracterizados. Los Reyes iban por orden: primero Melchor, luego Gaspar y al final de todos Baltasar. Este último, era el que más impresionaba a Mundi y por el que sentía una atracción especial; hasta tal punto que, aquel año, Mundi juraría que cuando llegó a su altura le miró sólo a él, a Mundi y le dijo:” ¿Qué tal te has portado este año?”, “¡Bien, he sido bueno!”, gritó Mundi, y estaba seguro de que el otro le sonrió mientras le guiñaba un ojo y le saludaba con la mano.

A Mundi le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo y por supuesto no reparó en que al “Rey”, cuando le saludaba con el brazo, se le bajaba la manga y se le veía el brazo blanco en contraste con la cara y las manos “negras”, tiznadas con corcho ahumado. Allí se quedó

Mundi, quieto, viendo cómo se iba alejando “su” Rey, hasta que su madre le devolvió a la realidad tirando de él, la cabalgata había terminado y el frío cada vez era más intenso.

Esa noche, Mundi no cenaba, un vaso de leche era suficiente, ya que todavía tenía el chocolate y los picatostes a mitad de digestión. Se acostaba pronto, para que los Reyes no le sorprendieran despierto, pero, antes, cepillaba bien las botas, que dejaba en el cuarto de estar junto al belén y un plato con un poco de turrón y unas copitas y una botella de anís, por si tenían frío y querían echarse un traguito. Unos trozos de pan duro para los caballos, completaban el ágape de recepción.

La verdad es que por mucho que hacía por dormirse no había manera, apretaba los ojos con fuerza, metía la cabeza debajo de las mantas, pero le podía la curiosidad de si oía algún ruido. La casa estaba en silencio, así que, a las tantas, por fin, se quedaba dormido y en el sueño volvía a revivir su conversación con el Rey Baltasar.

Y llegaba el día, en cuanto su madre le despertaba salía corriendo como una bala en dirección a la habitación donde se suponía habían dejado los juguetes. La verdad es que, cuando llegaba a la puerta, se paraba en seco, contenía la respiración y la abría despacio, muy despacio y poco a poco, iba asomando la cabeza.

Que habían estado allí era seguro pues, el pan, los trozos de turrón y las copas habían desaparecido, y por si había dudas, las figuras de los tres Reyes del belén estaban pegaditas al portal. Así que con fuerza

terminaba de abrir la puerta y se plantaba en la habitación. Nunca consiguió que le trajeran todo lo que había pedido, sí es cierto que algo coincidía pero, en aquellos años, las posibilidades estaban muy limitadas y la desilusión que se llevaba, viendo la menguada carga que le habían traído, la compensaba cuando, más tarde, se reunía con sus amigos y veía que, salvo raras excepciones, estaban en la misma situación. Mundi recordaba con emoción su ingenuidad mientras duró la magia.

Cuando descubrió la realidad, quiso permanecer afe-rado a esas sensaciones vividas en aquellos días hasta el punto de que, aun hoy, hecho todo un señor mayor, el día 6 de Enero se levantaba con el gusanillo de la incertidumbre y el niño que llevaba dentro, salía a relucir cuando deshacía los envoltorios de los regalos.

Algunos juguetes de los que en aquellos años le habían traído, todavía los guardaba arrinconados en un viejo trastero. Un triciclo, con el que había batido récord de velocidad por el pasillo, un rompecabezas, un juego de construcciones, una escopeta de corcho, un arco sin flechas, ya que la única flecha que venía con él, de las de ventosa, desapareció cuando decidió hacer puntería sobre uno de los cuatro cristales que componían la ventana de su habitación y cosa rara, acertó. La flecha se quedó pegada con la ventosa en el cristal y todo hubiera ido bien de no ser porque la ma-silla que lo sostenía estaba ya pasada y lentamente, cristal y ventosa, con flecha incorporada, se fueron a la calle.

Hubo suerte pues no pilló a nadie, el cristal se hizo añicos y algún mozalbete de los que pasaban por allí se quedó con la flecha. Mundi de eso no se enteró pues, para él, había sonado el disparo de salida y corría que

se las pelaba por el pasillo tratando de evitar el zapatillazo de su madre. También guardaba un libro de cuentos de Hans Christian Andersen.

Este regalo fue idea de su tía y la verdad es que el libro era muy bonito; grande como un atlas, de tapas duras, hojas gordas y con unas ilustraciones, en sepia, preciosas. Lo que pasaba es que las ilustraciones eran demasiado reales y Mundi cometió el fallo de empezar a leerlo por la noche, en la cama, antes de quedarse dormido y fue dormirse y empezar a dar vueltas alrededor de su cama un puñado de brujas, de las auténticas, de mentón prominente, narices curvas, muy curvas, que casi se juntaban con la barbilla, y bocas melladas, vestidas con sayales negros y cabezas con escasos, pero largos pelos blancos. La habitación se había convertido en un auténtico aquelarre y Mundi optó por taparse por completo pero, cada vez que asomaba la gaita por una rendija de las mantas, allí seguían. Cuando, al día siguiente, despertó, el libro estaba sobre la mesilla, no había ni rastro de las brujas, pero él, Mundi, estaba caladito de sudor y de otro líquido que olía de una forma un tanto extraña. En una palabra, estaba meadito vivo de miedo.

Bastantes años después...

El matrimonio soportaba paciente el atasco que formaban los vehículos, tratando de encontrar sitio en el parking del Centro comercial. Las fachadas del establecimiento resplandecían con un sinfín de motivos navideños, diseñados a base de bombillas de mil colores. Como todos los años, la víspera de Nochebuena, acudían juntos para hacer las compras de Navidad.

Desde principios de noviembre, las campañas publicitarias en prensa, radio y televisión, presentaban los productos navideños e invitaban a su consumo. Pero, ellos, permanecían fieles a la tradición y hasta ese día no compraban nada relacionado con esas fechas. Consiguieron aparcar el coche y se dirigieron al hipermercado. A la entrada, les recibió un tipo, a guisa de Papá Noel, vestido de colorado, con larga barba blanca y un buen tripón; hacía sonar una campanilla y decía muchas veces ¡hop!, ¡hop!, ¡hop!, mientras que a los niños les daba caramelos. Junto a él, en el suelo, tenía un gran saco, en teoría, lleno de juguetes.

La música ambiente, desgranaba temas navideños, la mayor parte en inglés. Entraron y más adelante se encontraron con unos tronos, sobre una tarima, en los que estaban sentados los tres Reyes Magos, por cierto, uno con gafas. El negro, era negro de verdad, y Mundi no pudo por menos de esbozar una sonrisa recordando el Baltasar de su infancia. Una fila de niños acompañados de sus padres, esperaban pacientes que les llegara el turno de entregarles la carta y hacerse una fotografía con su rey preferido.

Viendo las caras de expectación de esos niños, Mundi, se dejó llevar por los recuerdos de aquellas navidades de su niñez, las navidades de aquellos años de carteros y serenos, de braseros y cisco, de faldas plisadas y pololos, de mantillas y devocionarios, de fusibles de cerámica e interruptores de pera, de orinales y botellas de agua caliente, de cuarterones de picadura y librillos de papel de liar, de carbonilla y billetes de tercera clase, de películas censuradas y gallinero, de permanentes y brillantina, de Frente de Juventudes y Sección Femenina, de sotanas y bonetes, de besugos y

chicharros, de colchones de lana y somieres de muelles, de tirabuzones y plexiglás, de cocinas económicas e infiernillos, de botejas de leche y repartidores de carbón, de soldados y niñeras, de Mariquita Pérez y mecanos, de escopetas de corcho y cocinitas de hoja de lata, de tebeos y cromos, de canicas y tabas, de panas y chirucas, de maletas de cartón piedra y emigrantes, de eras y trillos, de máquinas de vapor y motos con sidecar, de hoces y zoquetas, de calles de adoquines y farolas de gas, de mili y Servicio Social, de leche en polvo y queso americano, de Fiscalía de Tasas y fielatos, de “fideos” y letras de cambio, de fondas y alquiler de habitaciones con derecho a cocina, de blusones y guardapolvos, de botijos y porrones, de besos furtivos y moral pública, de cataplasmas y fósforo Ferrero, de sabañones y pasamontañas, de achicoria y agua de litines, de abrigos vueltos y medias con costura, de carros de mano y mozos de estación, de pan de hogaza y azúcar moreno, de cines de sesión continua y matinales, de gaseosas de sobre y sifones, de seriales y diarios hablados (partes), de manteles de hule y cajas redondas de arenques en salazón, de igualas y sanguijuelas, de irrigaciones y aceite de ricino, de inocencia y credulidad...; años, que le tocó vivir en una edad en la que todo es posible porque todo queda por llegar. Años, que le producían una cierta añoranza y que cada vez le quedaban más lejanos y borrosos, con seres entrañables, amigos, vecinos, personas, objetos y hechos, que formaron una parte muy importante de su vida a la que no quería renunciar.

*Navidad 2004-2005*

# GUARDIA A FORMAR

Autor: Mariano José Barrio Rodríguez

Este pequeño relato cuenta la historia del primer pínfano, al que con tan solo 17 años le formaron Guardia de Honor, cuando se presentó en la entrada de un cuartel.

Este pínfano se incorporó al colegio de La Inmaculada, donde durante su primer año de estancia, en el mismo, estudió 4º. de aquel bachiller de entonces. El curso le fue bastante mal: el reciente fallecimiento de su padre; no se adaptó en ningún momento a su nueva vida; el frío que hacía en Madrid (él provenía de las tierras cálidas del norte de África y a veces tenía que dormir totalmente vestido, hasta que un día le pilló EL TOPO y se acabó el calorcillo).

En definitiva durante todo el curso, tan solo salió de paseo UN DÍA (el de la Inmaculada) puesto que había amnistía, el resto de los festivos y domingos siempre estaba castigado, aunque creo recordar que un día consiguió estar solamente castigado por la mañana.

Como es lógico, cuando dieron las notas del curso: 4 super suspensos, Matemáticas, Francés, Latín y Física (si no me traiciona la memoria, ¡hace tanto tiempo!).

¡Uf!, menudo disgusto en casa de mis tíos, que era donde iba a pasar el verano.

Mi tío era un hombre muy estricto, así que cuando

llegamos, al Cerro Muriano, tuvimos un corta y fructífera conversación; de aquel intercambio de pareceres salió la siguiente solución:

Todos los días a las 7 de la mañana, arriba. A sacar agua del pozo, junto con tus primos y los guardeses, para regar los frutales (en aquellos tiempo en Cerro Muriano, no había casi agua corriente y en días alternos se servía a través de un grifito que había en cada casa y chalet, durante la mañana, agua potable (entonces no existía el agua mineral, la que había era solo para los enfermos, quién pudiera pagársela, claro), por lo tanto diariamente había que sacar agua de un pozo que estaba a 30 metros de profundidad, con su correspondiente cuerda, cubo y polea (es decir a brazo partido).

Una vez finalizado el regado, un buen desayuno y a estudiar por de 9 a 13 y de 17 a 20. Tu primo Emilio (este estudiaba 3<sup>o</sup> de Caminos) te dará clase de matemáticas y latín; tu primo José Manuel (este iba en 4<sup>o</sup> de Medicina) lo hará de física y francés. Bien entendido que si no te sabes la lección, cuando te la tomen, según el horario que ellos decidan, si es por la mañana no te acostarás la siesta y si es al final de la tarde, no te irás a la cama hasta que te la sepas.

Menudo verano que se tiraron mis primos.

Bien, cuando volví en septiembre a La Inmaculada, la super preparación que hice durante el verano me llevó a que durante el tiempo que duraron las clases, conseguí no efectuar los correspondientes exámenes y ante el asombro de propios y extraños, conseguí cuatro notables.

El siguiente curso aprobé todas las de cuarto a la primera, lo mismo que la Reválida.

Los dos siguientes cursos, los hice en El Bajo, donde pasé sin problemas finalizando el Bachillere Superior.

Yo quería ser médico, pero mi madre y mi tío decidieron que lo mejor era que estudiara para militar, porque así nada más acabar la carrera ya tendría un buen sueldo para cuidar de mi madre.

Estuve en el Alto hasta que nos llevaron al reconocimiento médico y entonces descubrieron que era daltónico (al paso de los años lo que se detectó es que tenía una falta supina de educación cromática) y como es lógico me dieron de baja, enviándome a Valladolid.

No hay nada importante entre este momento y el año 1961, no recuerdo las causas exactas, posiblemente porque no daba ni golpe en el colegio de Valladolid, el caso es que entre, nuevamente, mi tío mío y mi madre, decidieron que la única solución que tenía mi falta de amor al “trabajo” v.g.: el estudio, era, como se decía en aquellas tiempos: SENTAR PLAZA.

Ingresé voluntario y una vez finalizado el periodo de instrucción, pasé a mi destino final en el Ministerio del Ejército, allí muy cerquita de las oficinas del Patronato, comencé a visitarlas a menudo y no sé cómo un día surgió la conversación:

- ¿Por qué no ingresas en Zaragoza?
- Porque soy daltónico.
- No te enrolles Charles Boyer.
- Oye que sí, que me pasó esto... en Carabanchel.
- Vamos a ver al comandante médico.

Después de varias pruebas, se me dijo que lo que me pasaba es que no me sabía todos los colores.

Y de ahí mismo me enviaron a una academia preparatoria que había, creo recordar, en la calle Preciados, cerca de la Plaza de Santo Domingo, comenzando la preparación, de inmediato.

Bien como era necesario preparar las pruebas físicas, hablé por teléfono con el capitán Villalba (hijo del general) que era el capitán de mi Compañía, aunque yo estuviera destinado en un gabinete del Ministerio y me autorizó a usar el gimnasio que tenía nuestro regimiento, en Campamento.

Un día me puse en marcha y decidí ir hacia dicho gimnasio. Para llegar al cuartel había que andar un buen trecho por una carreterilla desde la cual se divisaban las instalaciones del cuerpo de guardia, a bastante distancia; lo mismo que yo veía perfectamente desde lejos las instalaciones, desde las mismas veían todo lo que iba por la carretera.

En aquella ocasión imenudo rollo me monté!, me había puesto el uniforme que todavía guardaba del CHOE, y además conservaba aquella funda blanca que se ponía en la gorra del Alto; cuando llegué a la entrada me habían formado la Guardia, porque el cabo (que era más bruto que un arao) me había confundido de lejos (según manifestó posteriormente) con un alto cargo de La Armada.

Al final todo se aclaró y yo me libré de un paquete de órdago, gracias al capitán Villalba y a que ese día estaba haciendo las veces de capitán de cuartel, mi amigo el alférez Cuesta, que fue mi jefe durante el periodo de instrucción.

Así fue como un pínfano de diecisiete años fue recibido con honores.

# LA FOTO

Autor: Lucas Remírez Eguía

## CAPÍTULO I

Aquella tarde de domingo invernal, desapacible, Mundi y su mujer habían decidido poner en orden dos baúles que tenían llenos de libros y revistas de hace no se sabía cuántos años, que hubieran hecho las delicias de cualquier vendedor de lance y que estaban mezclados con montones de apuntes y libros de texto usados, de sus hijos. De paso, aprovecharían para tirar lo que no sirviera.

Ellos, los hijos, para no variar, pasaban del tema y ese día tenían muchas cosas que hacer. Así que, armados de paciencia, comenzaron a sacar todo lo que había allí dentro.

Al coger un libro, forrado con papel de estraza de color marrón y muy desgastado por el uso, una fotografía se deslizó de entre sus hojas. Mundi tomó la fotografía en una mano y con la otra abrió la primera página del libro. Arriba del todo, con letra vigorosa y en tinta, se leía. “Este libro es de Mundi (4<sup>o</sup> Curso)”, y una especie de rúbrica. En el centro de la hoja venía el título del libro: Edad Prohibida.

La foto era en blanco y negro, los bordes tenían forma ondulada y una especie de fisura la atravesaba de arriba abajo. Una de las esquinas estaba cortada. Mundi recordaba que esa foto había sido tomada el

primer año que llegó al Bajo. Por exceso de alumnado en la Inmaculada, a él y a otros cuantos, los trasladaron a Carabanchel Bajo para hacer 4º y Reválida.

Tendría trece años a punto de cumplir catorce. No recordaba las circunstancias en que fue tomada ni quién lo hizo. Aquel día debía hacer buen tiempo, los protagonistas miraban a la cámara como haciendo un esfuerzo para no cerrar los ojos ya que el sol les molestaba. Como escenario, habían elegido una zona del campo de fútbol desde la que, al fondo, se veía un lateral del edificio del colegio y un grupo de árboles.

Eran cuatro y vestían de trapillo. Tres estaban de pie y uno en cuclillas, en primer plano, delante del que ocupaba el centro de los que estaban de pie.

El primero por la izquierda, según se miraba la fotografía, era “Beni”, Benito Bueno. Huérfano de padre y madre, hijo solo, tenía como tutor a un tío suyo, al que apenas conocía cuando se quedó huérfano, que decidió que lo mejor para él era el pinfanato y empezó a recorrer colegios desde los 5 años. Mundi lo conoció en Padrón cuando el otro llevaba ya tres años de colegio y pronto hicieron buenas migas, probablemente porque los dos eran hijos solos. Era otro de los trasladados.

El “Beni”, que así es como se le conocía, miraba a la cámara con una especie de sonrisa un poco forzada, como de querer quedar bien, porque, Benito, tenía la tristeza en la mirada y era un chaval serio, muy serio para su edad. Sus compañeros habían sido para él, desde que pisó el primer colegio, el paño de las muchas lágrimas que vertió y su consuelo en momentos difíciles. El Beni era el clásico chavalote bueno por naturaleza. Haciendo honor a su apellido,

le pegaba lo de, el bueno de Benito. Se llevaba bien con todo el mundo y sentía admiración por los mayores a los que observaba tratando de copiar sus gestos; no digamos nada, cuando salían a la calle y se cruzaba con algún grupo de los del Alto, aquellos eran para él, el no va más.

No era tonto y en estudios iba bien, muy bien, aunque tenía la mala suerte que cuando se soltaba alguna, por allí pasaba Benito. En los “abordajes” era un auténtico desastre. Tenía un protector, una especie de ángel guardián: El “Nico”.

Era el del centro de la fotografía. Por el mote, recordaba Mundi, que muchos creían que se llamaba Nicolás, pero no era así, él se llamaba Juan Beltrán, pero era maño, de un pueblo próximo a Teruel y en casa todo el mundo le llamaba Juanico. Así que la pinfanada, vaga por naturaleza, le acabó llamando Nico, que era más corto.

Cuando murió su padre, la madre decidió volver al pueblo donde había nacido y donde vivía su familia. Nico era, como se dice en Aragón, un hijo tardano, tenía dos hermanos mayores, chicos los dos, que le llevaban más de diez años. La madre tenía unas tierras en el pueblo, herencia de sus padres, y optaron por dedicarse a explotarlas. Así que a Nico decidieron mandarlo al colegio de huérfanos. Hubo problemas, pues al tener propiedades, no reunía los requisitos necesarios para el ingreso, pero, al fin, se solucionó la cosa y Nico, muy a su pesar y en contra de su voluntad, llegó al Bajo.

En la foto se le veía de una estatura media y un chico de constitución fuerte para su edad. Era moreno, de

cejas muy pobladas y el acné juvenil había hecho estragos en su cara, sobre todo en la frente y en el mentón. Vamos, que tenía la cara hecha un mapa. Claro, esto, era motivo de cachondeo por parte de la concurrencia, “Nico, cochino, deja de despellejártela”, “Nico, acabarás quedándote ciego de tanto darle” y cosas por el estilo. No todo el mundo se atrevía a gastar bromas, sólo se las permitía a los amigos. Porque, Nico, era, además de fuerte, violento, probablemente de una violencia involuntaria ocasionada por su rebeldía ante la situación no deseada. Malo no era, al contrario, era noble y se rebelaba ante lo que él consideraba era injusto.

El primer día que llegó al colegio, a la hora de comer, se produjo un “abordaje” y Nico se quedó a verlas venir de manzana, que era el postre de ese día. Serio, sin pestañear, le dijo al listillo que le había quitado su manzana: “Dame mi manzana”, recalcando el mí. El otro, dominando la situación, cogió la manzana y le dio un bocado. Antes de que empezara a masticar, Nico ya le había cogido por el cuello. No por el cuello del trapillo, sino por el cuello de respirar, vamos por el gaznate.

El otro empezó a congestionarse, soltó el trozo que tenía aun entre los dientes y le dio la manzana. Nico, también le soltó e impasible, cogió, primero, el trozo de manzana que el otro había mordido, empezó a comérselo y luego, la manzana entera. En la mesa estaba el Beni, que, cuando salieron del comedor trató de explicarle en qué consistía la costumbre del abordaje.

El otro le escuchó atentamente y cuando el Beni terminó, espetó: “Eso no me gusta, a cada cual lo suyo, no contéis conmigo”. Al Beni, verse ante un machazo

de esa naturaleza le entusiasmó y se hicieron amigos. Así que, el Nico, entró en la cuadrilla de Mundi a través de Benito. Mundi recordaba que era un poco *farrás* en el vestir y en la foto aparecía con el pico derecho del cuello de la camisa hacia arriba .

## CAPÍTULO II

Claro que, Mundi, no podía estar muy orgulloso de cómo había salido en esa foto. Era el tercero que estaba de pie, el de la parte derecha de la foto según se miraba y aunque estaba de frente, tenía un hombro más alto que el otro. Miró detenidamente la foto y sí, el hombro izquierdo estaba más alto que el derecho. ¿Por qué? Al poco cayó en la razón de la malformación. En esa parte, justo en esa parte de la chaquetilla del trapillo, era donde tenía el almacén de “papel pal pecho”, a la que se accedía desde el bolsillo del mismo lado, previamente manipulada la costura. Cuando andaba suelto de vientre, acumulaba más papel del normal y esa debía de ser la situación ese día, ya que parecía casi una hombrera de jugador de rugby. Mundi era un poco más alto que los otros dos y en la foto miraba hacia la cámara, pero la mirada la tenía fija en algún objeto que estaba detrás de ella. También sonreía y en la mano izquierda tenía un libro con las pastas forradas. La derecha la apoyaba sobre el hombro de Nico.

El cuarto de la foto, el que estaba en cuclillas, era el guaperas del grupo, aun agachado, se adivinaba que era el más alto de los tres con diferencia. Las mangas de la chaquetilla le estaban cortas y lo disimulaba doblándose los puños de la camisa sobre ellas. Los

calcetines le hacían fuelle y los pantalones, en cuestión de larguras, tampoco debían irle muy allá. Era rubio, iba pelado al cepillo y tenía los ojos muy claros, el mentón afilado y complexión atlética. Jugaba muy bien a balonmano y saltaba altura de maravilla. Se llamaba Jorge de Miguel, sin más y no tenía mote. Le llamaba todo el mundo Jorge y punto. Cuando su padre murió, su madre, italiana de nacimiento, decidió que sus dos hijos chica y chico, fueran a los colegios de huérfanos hasta que decidiera qué quería hacer con su vida. Jorge empezó en la Inmaculada su periplo pinfanero.

Su hermana le llevaba cuatro años y le gustaba hacer de segunda madre. Pronto tuvo que hacer casi de primera ya que, la madre, llegó a la conclusión que el mejor sitio para rehacer su vida era su Italia natal. Así que los dos hermanos se quedaron bajo el cuidado de los abuelos paternos que vivían en Canarias. Como es lógico no los veían nada más que en vacaciones de verano y los colegios fueron para ellos su verdadera casa y sus compañeros, su familia. De su madre recibían cartas periódicas, pero ahí se quedaba la cosa.

Jorge era un chico alegre y su sonrisa en la foto era franca y abierta. Tenía una obsesión enfermiza por los animales. En el bolsillo siempre llevaba una vieja cuchilla de afeitar envuelta en papel de plata, del de las cajetillas de tabaco rubio y animal que veía muerto, bien fuera lagartija, pájaro, saltamontes, incluso ratones, lo convertía en pieza de disección. A los pájaros los desplumaba primero y luego una vez abiertos en canal les decía a los otros: “Este es el corazón”, “Este el hígado” “Vamos a ver que es lo último que comió”. Con los ratones era otra cosa; el único que aguantaba la clase de anatomía era Nico, que era su

proveedor habitual de animales, porque, Nico, dominaba el arte del “tirabeque”. Los demás le llamaban tirachinas, pero él le daba esa otra denominación. En los descansos, mientras los otros se entretenían en otras cosas, él les decía: “Me voy de caza”, procurando que no le viera ningún inspector y rara era la vez que volvía de vacío.

La hermana de Jorge, terminaría ese año secretariado en Aranjuez y los dos hermanos mantenían sus lazos de unión a través de las cartas que se escribían. “Dice mi hermana que allí hay monjas que tienen una mala leche que para qué”. “Pues dile a tu hermana que le cambio tres de allí por uno de aquí, ¿verdad tú?”, decía el Nico. El tú, era, en este caso, Beni, que ratificaba lo dicho por el otro con un: “Y que lo digas”.

Mundi permaneció un rato con la foto en la mano como queriéndose guardar bien todos los detalles y tratando de revivir aquel momento de su vida congelado en un trozo de papel mate.

Cuando se contempla una fotografía en esas circunstancias, es como si sus personajes, su entorno, los olores, los sonidos cobraran vida y uno se ve transportado a aquellos momentos de su existencia. Voces de compañeros jugando en las inmediaciones, otros detrás del que hace la fotografía haciéndoles muecas, olor a primavera recién estrenada....

Se fijó en el libro que llevaba en la mano y en el que había guardado la fotografía durante tantos años, era el mismo, forrado de papel para que no se viese el título: Edad prohibida.

Aquel libro se lo había enviado su tía como regalo de cumpleaños, ya que le faltaban días para cumplir los catorce, en uno de los pocos paquetes que recibió a lo

largo de sus años de internado. Había tenido un éxito sin precedentes entre los jóvenes de la época y aun ahora, recordaba Mundi, seguía vendiéndose en las librerías y de hecho sus hijos también lo habían leído. Cuando lo recibió, sujeta con un clip a la portada, había una cartulina con una dedicatoria:

Has entrado en una edad en la que nada debiera estar prohibido, nada, excepto aquello que tu propia conciencia repeliera. Espero te guste.

Kisses.

### **CAPÍTULO III**

Y le gustó, vaya si le gustó, a él y a los compas. Al principio, el interés fue debido al título. Luego, empezaron a mosquearse porque Mundi en los ratos libres se dedicaba a la lectura del libro y apenas les hacía caso. Así que decidieron que ellos también querían participar del asunto. Después de varias discusiones llegaron a la conclusión que la mejor forma de leerlo era todos a la vez y lo más práctico que uno leyera y los otros escucharan. Por votación, Beni fue elegido como el lector y hay que reconocer que lo hacía muy bien. Todo llevaba su protocolo. Buscaban un lugar apartado, se sentaban en el suelo, la mayor parte de las veces y mientras le atizaban mordiscos al bocata de la merienda, Beni, en el centro, comenzaba la lectura. Leía pausado y con una entonación estupenda. Las frases con admiración eran las que más le gustaba expresar, en las interrogativas daba la pauta adecuada aunque, si la frase era larga, había veces que parecía que se iba a quedar sin respiración. Pero lo bueno era cuando cualquiera de los oyentes le

decía: “Beni, repite eso de...” y él volvía atrás y repetía el párrafo. Cuando menos lo esperaban paraba, le pegaba un bocado a la merienda, masticaba despacio y una vez la boca vacía proseguía con un “continúo”.

La historia era muy apropiada para ellos ya que relataba las vicisitudes de una pandilla de amigos, chicos y chicas, que empezaba cuando eran chavales de una edad como la suya, abiertos a los misterios de la vida, a los primeros amores, a los amores frustrados y llegaba hasta la madurez. Además, había uno que era huérfano como ellos.

Dejaban volar su imaginación mientras el otro leía, poniendo caras a los personajes y transportándose a los lugares y situaciones donde el autor colocaba a los protagonistas. La historia del huérfano, con la fulanilla que se hacía llamar “Quince pesetas”, fue una de las cosas que les llamó la atención, y el juego a las prendas y al escondite con las luces apagadas en la casa de una de las chicas. Bueno, en realidad, todo les gustaba, pues describía unos ambientes para ellos desconocidos y hasta cierto punto inalcanzables. Cada cual se identificaba con uno de los personajes, y a las chicas a pesar de que el autor las describiera en su relato, ellos les ponían caras y cuerpos a su antojo idealizándolas según los gustos de cada uno.

“Debe ser chulo bañarse en el mar”, decía Mundi, cuando Beni leía las aventuras de la pandilla en la playa de Ondarreta. “Muy chulo”, contestaba Jorge, “Además, en el mar flotas mejor, por lo de la sal”.

“Por mi pueblo pasa un río, que tiene unas pozas donde te cubre y el agua está helada. Las chicas del pueblo se bañan en unas que hay a las afueras, a escondidas, en ropa interior y combinación, nosotros

las espíamos”, decía Nico.

“Tú siempre pensando en lo mismo”, le contestaba Jorge.

El final de uno de los recreos les dejó con el libro a falta del último capítulo. Decidieron que esa misma noche tenían que terminarlo y lo harían en los baños. Cuando el silencio se adueñó del dormitorio, cuatro sombras furtivas se fueron hacia los lavabos y allí, entre el goteo de dos o tres grifos que cerraban mal y el ruido persistente de una cisterna que no terminaba nunca de llenarse, Beni, inició la lectura del último capítulo. Fue desgranando párrafo tras párrafo y cuando llegó al último renglón, puso todo el énfasis del que era capaz pues sabía que, con esa lectura, terminaba su protagonismo y leyó: “Pero Anastasio no las oía. Oía tan sólo sus voces interiores y el latir gozoso y apresurado de su corazón”. Luego haciendo una pausa dijo: “Fin”. Los otros se quedaron mirándole a él y al libro, como si se hubiera dejado de leer alguna hoja que venía detrás.

Mundi preguntó: “¿No tiene epílogo?”. “No”, dijo Beni. “Joe, que pena”, dijo Jorge. Nico apostilló: “Ese Anastasio, de bueno que era parecía tonto”. Y los cuatro se fueron a la cama .

Esa noche, cuatro adolescentes a solas con sus pensamientos, curtidos en el arte de aislarse en sí mismos en un dormitorio lleno de gente, se fueron muy lejos de allí y dieron forma a cuatro finales de la novela, seguro que todos diferentes, pero con ellos de protagonistas.

Los dormitorios... lugares para soñar con los ojos abiertos. Cuantos pínfanos deseaban llegase el mo-

mento de meterse en la cama para encontrarse consigo mismos, para hacer proyectos de futuro, un futuro con mil interrogantes a los que a esas edades era muy difícil encontrar contestación, para montarse un mundo de ilusiones, para erigirse en protagonistas de mil y una aventuras, para recordar a los seres queridos, incluso ¿por qué no?, para llorar en silencio, la mayor parte de las veces tratando de rebelarse de impotencia frente a ese mundo que les rodeaba y que, a la vez, les hacía sentirse tan solos. También para encontrar entre susurros al amigo confidente con el que compartir penas, mientras el sueño llegaba y hacía de bálsamo reparador.

En eso pensaba Mundi cuando dio vuelta a la fotografía. Allí estaban las dedicatorias. Arriba del todo, reconocía su letra cuando leyó: Colegio de Santiago. Mayo de 19. Las dos últimas cifras no aparecían porque coincidían con la esquina que estaba cortada .

La primera, arriba, era la de Jorge, estaba escrita con una letra muy pulcra tipo imprenta y decía:

A Mundi para que se acuerde siempre de su amigo.

Y debajo ponía Jorge, con una media rúbrica que rodeaba el nombre.

La de Nico era más escueta. Estaba debajo de la de Jorge. Se había esmerado en la escritura y con una caligrafía rasgada había escrito:

Mundi, cuenta siempre conmigo.

Debajo Juan. Una rúbrica grande envolvía el nombre y el texto.

La de Beni era igual de escueta, letra firme y muy bonita. Decía:

Mundi, siempre juntos.

Luego, Benito y como rúbrica, una línea casi recta que partía de la “o” y recorría la parte de debajo del nombre con una pequeña inclinación para que le cupieran dos rayitas verticales, muy juntas y pequeñas, que cruzaban la línea.

Que curioso, pensó Mundi, todos habían puesto la palabra siempre. Siempre...

Aquel curso se presentaba duro, pues al final de todo estaba la Reválida y los que examinaban no tenían nada que ver con los profesores del colegio. Nico ya había superado la rebeldía interior que le producía el estar interno y se destapó como un virtuosillo de las Matemáticas, a Mundi tampoco se le daban mal; sin embargo lo de Beni era el Latín y la Literatura. Jorge estaba en una especie de tierra de nadie aunque las Ciencias Naturales le atraían un montón.

## CAPITULO IV

El curso fue transcurriendo más deprisa de lo que parecía. Nico hacía de proveedor de la cuadrilla pues recibía más paquetes que el resto y cuando llegaban, era todo un acontecimiento pues algún chorizo caía seguro. “Los de la capital no tenéis ni idea de comer” les decía, mientras repartía un trozo de chorizo a cada uno. “Este parece que pica un poco”, decía Beni. “Si, tú ponle pegas encima” le contestaba Mundi, mientras trataba de meter el trozo de chorizo entre el pan de la merienda mezclado con el queso americano que tocaba esa tarde.

Hubo dos noticias que perturbaron la paz del grupo. Un hermano de Nico estaba barruntando el emigrar, pues decía que él no iba a estar toda la vida dedicado

al campo. Pero lo que más les impactó fue cuando allá por Semana Santa una carta de la hermana de Jorge le ponía al corriente, enviándole la recibida de su madre, de que hacía un tiempo que salía con un hombre y que probablemente se casaría con él. A Jorge no le sentó bien la noticia; no le entraba en la cabeza que su madre volviera a casarse y no se veía en el trance de tener que llamar padre a otro que no era el suyo. Porque el recuerdo de su padre lo tenía vivo, aunque hacía años que había muerto, todavía sentía el calor de su mano cuando lo llevaba por la calle y le iba contestando a las mil preguntas que un niño hace cuando va despertando a la vida y con él se sentía seguro. Jorge pasó una mala temporada coincidiendo con la proximidad de los exámenes finales.

Siempre juntos, la verdad es que los deseos de Beni se cumplieron ese curso.

Juntos habían fumado los primeros cigarrillos y compartido las primeras pavas, juntos habían pateado el barrio, juntos habían iniciado los primeros ligoteos aunque en eso Jorge les sacaba unos cuantos largos de distancia pues se las llevaba de calle a las mocetas del barrio, juntos habían asistido a aquellas sesiones continuas interminables de cine de barrio en el que, al entrar, el olor a ambientador lo invadía todo, juntos habían pasado tardes recorriendo la Gran Vía y la Puerta del Sol y la Plaza Mayor, después de haber hecho el viaje en metro o en tranvía, a ser posible sin pagar, juntos habían asistido a competiciones deportivas entre colegios en las que el Beni había cogido la puñetera costumbre de que, cada vez que metía un gol el equipo propio, se lanzaba hacia la zona donde estaban los hinchas del otro colegio, sobre todo si el otro era el CHA y les dedicaba tres cortes de

manga horizontales seguidos, a punto de luxarse el brazo por el codo, mientras decía: “¡Toma!, ¡Toma! y ¡Toma!”. Esto producía la reacción de los otros que salían detrás de él y el Beni iniciaba una carrera loca, con la capa al viento, a guisa de Superman pero en retirada, no muy honrosa, buscando el refugio de los suyos. También estaban juntos en aquellas frías y tediosas tardes de sábado o domingo sin salir del colegio, bien por castigo o la mayoría de las veces, por falta de un duro que poder gastarse. Juntos también, como tantos otros, pasaron las vacaciones de Semana Santa en el colegio.

Semanas Santas de aquellos años que, recordaba Mundi, eran tan diferentes a las que se vivían ahora. Eran Semana Santas de Domingo de Ramos de estreno, de palmas y ramos de olivo, de prohibido cantar, de radios enmudecidas, de música sacra, de cines de “La túnica Sagrada”, “Quo vadis?” y “La canción de Bernardette”, de garbanzos de vigilia, bacalao y torrijas, de ayunos, de abstinencia de carne, de bulas, de sermones tenebrosos, de recorrido de monumentos, de olor a cera quemada e incienso, de Sagrarios vacíos, de procesiones, de colores negros y morados, de penitentes descalzos, de manolas con peineta y mantillas de blonda, de cirios y faroles con velas, de capirotes, de andas portadas a hombros de cofrades anónimos, y para ellos, era, además del recuerdo de sus casas, aviso de que faltaba poco para los exámenes finales, que las tres cuartas partes del curso habían pasado y que había que apretar.

Pero todo llega y llegó el último día de curso, día de jolgorio de desbandada general. Después del desayuno todo el dormitorio era un follón de camas deshechas, trapillos entregados, maletas a medio hacer,

voces por todas partes, despedidas de unos y otros y los que se habían examinado de Reválida, la incertidumbre de si había aprobado o no, ya que las notas saldrían días más tarde.

Día de sensaciones contrapuestas, de sabores agrídulces, alegrías inmensas por volver a sus casas, cierto regusto de amargura porque a muchos de los que habían sido sus compañeros no sabían si volverían a verlos. Poco a poco el dormitorio empezó a vaciarse y el silencio adueñándose de él. Nico le dijo a Beni: “Joe, tú, como que se me han saltado un par de lagrimones”, “Me lo vas a decir a mí que tengo un nudo en la garganta que estoy a punto de vomitar el desayuno”.

Alguien subió a decirle a Jorge que tenía visita. Jorge bajó y al poco subió para terminar de hacer la maleta. “Ha venido mi hermana a buscarme para hacer juntos el viaje a Canarias, si queréis os la presento”, les dijo. “Vete tú bajando que ahora vamos nosotros”, dijo uno de ellos como sin darle importancia. En cuanto Jorge desapareció del dormitorio los tres dejaron las maletas a medio hacer y se largaron como exhalaciones a los lavabos para repeinarse. Luego bajaron las escaleras y por poco llegan antes que Jorge. Los dos hermanos estaban en el camino de acceso a la puerta principal, Jorge había dejado su maleta en el suelo y le estaba diciendo algo a su hermana que en ese momento daba la espalda a la puerta. El primero en llegar fue Nico que, en la carrera, bajó de un salto los escalones de acceso al edificio. El estruendo hizo volver la cabeza a la hermana, que lo primero que vio fue a un chico trastabillando, tratando de mantenerse en pie y a punto de llevarse a los dos hermanos por delante. Cuando recompuso la figura,

se estiró el chaleco que llevaba y le dijo:

“Hola soy Nico, amigo de tu hermano. Encantado”, mientras unas gotas de agua, restos del rápido peinado, le caían por la frente. Muy en su papel le tendió le mano. La hermana con una sonrisa, dijo “Ya lo sé, os conozco por la foto”, hizo caso omiso del gesto caballeroso de Nico y le plantificó dos besos, uno en cada mejilla, sin importarle el acné. Los otros dos se colocaron a la cola y se fueron presentando con el mismo protocolo.

La hermana de Jorge, que se llamaba María del Pino, era muy guapa, alta y con los ojos muy claros como su hermano, el pelo rubio, largo, recogido con una coleta y una sonrisa que le marcaba dos hoyuelos a ambos lados de las comisuras de los labios. Como luego apuntaría Beni, tenía de todo y cada cosa en su sitio. Los tres sin decirse nada llegaron a la conclusión que la cara de Celia, la protagonista de la novela que Beni les había leído, era la de la hermana de Jorge.

## CAPÍTULO V

Estuvieron un rato charlando y por fin se despidieron ya que, los dos hermanos, debían coger el tren para Andalucía. Luego vendría el barco.

¡Qué cosas!, recordaba Mundi, cuando se despidió de Jorge con un abrazo, algo en su interior le decía que la cosa no marchaba bien y fue como si tratara de agarrarse a la esperanza de que fuera un mal pensamiento, una mala idea que como un relámpago le había pasado por la cabeza. Fue un abrazo sentido, como si con él quisiera decirle: “No me falles, hemos

compartido muchos buenos y malos momentos y tenemos que seguir juntos”.

Cuando los dos hermanos traspasaron la puerta de la verja del colegio y Jorge les dijo adiós con la mano, el deseo de Beni, siempre juntos, se rompió .

Nunca más volvieron a estarlo.

Recordaba Mundi, que ese verano la madre de Jorge se casó y se llevó con ella a Italia a sus dos hijos. El hermano de Nico emigró a Alemania y su madre decidió que Nico había estudiado suficiente y lo necesitaba para que ayudara a su otro hermano en las tareas del campo.

Lo supieron, al comienzo del curso siguiente, por el cura del colegio, con el que Beni hacía buenas migas y le encargó se enterara de por qué no habían vuelto sus amigos.

Al principio, notaban como si les faltara algo importante y no era raro oír a uno de los dos: “Si estuviera aquí Nico, diría...”, o “¿Te acuerdas cuando Jorge...?”.

Ellos también se separaron un poco, Beni se decidió por Letras y Mundi por Ciencias.

Siguieron juntos hasta terminar Preu, después se separaron definitivamente. Beni se fue a Valladolid a estudiar Filosofía y Mundi al Alto. Nuevos compañeros, nuevas amistades.

Siguieron en contacto a través de cartas que cada vez se fueron haciendo más esporádicas hasta que cesaron de escribirse.

Que curioso, pensaba ahora Mundi, los cuatro llevaron vidas diferentes y sin embargo él tenía la sensación de que siguieran juntos. Probablemente, los lazos de unión que se generan en esos colegios, son

intemporales, quedan ahí por encima del resto de circunstancias de la vida. Mundi estaba seguro que si, un día cualquiera, volviera a encontrarse con alguno de los componentes de esa foto sentiría la sensación de que era ayer cuando dejaron de verse y se abrazarían con las mismas ganas que cuando se despidieron la última vez, porque la amistad que sintieron seguía viva a pesar del paso de los años.

Estuvo un rato contemplando la foto con el libro en la mano y decidió que el mejor sitio donde debía estar esa foto era, precisamente, en el interior de ese libro ya que la una complementaba al otro. Eso sí, el libro pasó a ocupar un sitio de honor en la librería de su despacho, de esa forma siempre lo tendría a mano para el recuerdo.

Un día, años después, alguien colgó la misma foto en la web de los pínfanos, cuando Mundi la vio, por su cabeza pasó otro pensamiento como el del día de la despedida de Jorge pero, esta vez, de signo contrario y pensó que, a lo mejor, era el inicio de un reencuentro. Pero eso, es otra historia.

A mi amigo pínfano Javier Lete (q.e.p.d.).

*Marzo de 2005*

# EN UN INSTANTE

Autora: M<sup>a</sup> Carmen Jaime Santamaría

*Primer premio relatos 2008*

Muchos años después me pregunté por qué precisamente aquel día, mientras observaba el uniforme nuevo encima de mi cama, recordé tantas cosas de mi vida.

Se iba a celebrar una entrega de premios en el Hotel Biarritz de Madrid y me escogieron a mí para entregar el suyo al General Marín de Bernardos, uno de los premiados.

Miré el uniforme que me habían hecho por primera vez a medida, planchado y limpio para la ocasión.

Me puse la blusa blanca y recordé el porqué de mi ingreso en el colegio.

Mis padres y mis hermanas vivíamos en un pequeño pueblo, pero lo suficientemente grande para tener cuartel. Mi padre era militar y su destino era aquel pueblo en aquellos momentos. Yo tenía 6 años en 1953, y al finalizar aquel caluroso mes de Agosto, en casa se notaba un ajeteo especial que yo a mis pocos años, no acababa de entender; así que para salir de dudas pregunté a mi madre porqué papá traía tanta comida a casa y que hacía aquel cajón de peras amarillas en el comedor.

Mamá me contestó que iban a empezar las fiestas del

pueblo y que los tíos de Tudela venían a pasarlas con nosotros, así que papá preparaba la despensa para que nada faltase.

Me abroché la blusa y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Los recuerdos se apoderaban de mí y yo no hacía nada por ahuyentarlos, más bien quería que siguiesen.

Me despertó la tos de mi padre por el pasillo y oí gritos en el comedor contiguo a mi habitación.

Noté que me levantaban de la cama y me llevaban a la alcoba de mis padres, donde mi hermana de seis meses dormía plácidamente. Mi otra hermana ya estaba allí también.

Pero yo, curiosa por naturaleza, y con esa intuición infantil sabía que algo no iba bien,

Me desplazé sigilosa por el pasillo y me paré delante de la puerta del comedor, donde nadie advirtió mi presencia.

El libro que mi padre había estado leyendo durante la tarde permanecía abierto, de modo que sus pastas azules y amarillas formando franjas de fue lo primero que vi.

Después todo fue muy rápido. Idas y venidas de mi tío Angel que vivía con nosotros; mi madre que no dejaba de llorar atendiendo a mi padre y yo, en el pasillo y espectadora de todo aquello sin intuir, a mis pocos años, que lo que estaba ocurriendo en ese instante cambiaría para siempre el curso de mi vida.

Mis recuerdos eran tan nítidos como si acabaran de pasar. Pasé mi dedo por el labio inferior de mi boca y el dolor volvió a hacerse patente.

Mamá en sus idas y venidas, sin advertir mi presencia, me rozó con la bocamanga de su albornoz y mi pequeña boca sintió que sangraba.

La casa se llenó de gente y yo lo supe enseguida. Papá había muerto.

Después mis recuerdos de aquellos días son como un día de niebla. Sabes que lo que hay delante de ti existe, pero no lo puedes ver.

Me puse el uniforme que me sentaba muy bien, por primera vez, y recordé los vestidos de luto y de alivio de luto que a mi hermana y a mí nos pusieron durante el año siguiente a la muerte de mi padre. Los de alivio tenían un cuellecito de plástico blanco premonitorio del que durante tantos años habríamos de llevar.

Y los cambios en casa...

Cuando fui mayor, ya muerta mamá, un día le pregunté a mi tío Ángel:

—¿Qué sentiste cuando todos los actos del entierro terminaron?

—De repente os vi a las cuatro allí juntas, tu madre tan joven y vosotras tan niñas y me di cuenta de la tragedia que suponía la muerte de tu padre.

Ya no había desfiles en los que papá participaba, ni nos llevaban al campamento de Las Baldorrias, ni bajábamos al cuartel en la vieja tartana verde tirada por mulas, ni él nos subía a caballito por las escaleras de casa. Ya no íbamos al Pueyo de romería, ni él nos llevaba a los cacharritos en las fiestas. Todo había cambiado. Mamá estaba triste y yo la veía sentada con un cuadernillo y un lápiz en los que siempre había números.

Mi hermana y yo jugábamos, y la pequeña de seis

meses, en su cuna, dormía ajena aún a aquellos cambios.

Pero el más grande aún estaba por venir.

Seguí yendo al mismo colegio de San Vicente de Paúl durante 2 años. Mi madre a pesar de las penurias económicas se negó a que fuéramos a las que entonces llamaban “ Las Nacionales” y que eran gratuitas.

—Las niñas se quedan en las monjas, y no hay más que hablar.

Me puse los zapatos marrones, también nuevos, y recordé el día en que supe que no iría más a ese colegio.

Hice la Primera Comuni3n, y a punto de cumplir los 8 años, mamá me dijo que en Aranjuez me esperaba uno nuevo, con niñas de mi edad que también habían perdido a su padre.

Pregunté si mi hermana vendría y mamá me dijo que no, que al año siguiente.

—Es pequeña todavía.

Y así fue. Un 3 de octubre emprendimos las dos el camino hacía una nueva vida que yo ahora recordaba mientras me peinaba frente al espejo del dormitorio de La Inmaculada.

Un largo viaje en tren, con varias subidas y bajadas en estaciones desconocidas para mí, y con una larga noche acurrucada junto a mamá, mecida por el traqueteo, procurando dormir sin conseguirlo.

Al fin llegamos a Aranjuez.

Anduvimos cogidas de la mano durante un tiempo y al fin vi mi nuevo colegio por primera vez. Me pareció muy grande y la puerta de entrada muy pesada.

Un cartel rezaba “prohibido entrar sin medias y con escotes exagerados”.

Ahora mientras me daba los últimos retoques a los puños y el cuello de la blusa no pude por menos que esbozar una sonrisa al recordarlo.

Una monja muy simpática nos recibió y observé que su forma de vestir no se parecía a las que yo había dejado en mi anterior colegio.

Aquel salón me pareció tan grande que me sentí perdida y apreté la mano de mamá fuertemente mientras ellas hablaban. Después nos despedimos entre lloros y promesas y me quedé en manos de la monja y una niña más mayor que yo.

Y ahí, en ese preciso instante, me di cuenta de que una nueva vida me esperaba. Ya no estaba mi madre, ni mis hermanas, ni nadie conocido. Estaba sola por primera vez.

Ya estaba preparada. Dentro de un momento debía bajar a portería donde en coche me llevarían a Madrid. Bajé por la escalera de San Rafael, y me miré en su gran espejo antes de salir al patio de mayores. Allí estaba yo después de 10 años de mi ingreso en el colegio. Ya no era la niña asustada de entonces, ni estaba sola. Tenía muchas amigas, mis compañeras, que todas habían pasado por el mismo trance que yo. Estaba terminando mis estudios de Preu y en esos años habían pasado muchas cosas.

Mis hermanas ingresaron en el colegio; una se había hecho mayor también, y la pequeña aún era una niña a la que las dos ayudábamos.

Recibimos la visita de Franco, y como regalo una caja de bombones a cada una y una estupenda merienda. Nervios de exámenes, obras de teatro, Navidades sin ir a casa, excursiones, paseos por los jardines, incur-

siones a los sótanos en busca de manzanas y zanahorias. Viajes a Madrid para examinarnos en el Instituto Lope de Vega de las dos reválidas y para las cuestaciones de la Cruz Roja y el cáncer, donde éramos recibidas en el Ministerio del Ejército.

Años en los que al colegio se le llamaba el “telón de acero” por la férrea defensa de sus muros ante intromisiones del otro sexo. El Concilio Vaticano II cambió aquello y el colegio se abrió al exterior.

Procesiones de Mayo, viajes para pasar las vacaciones de verano, reencuentro en Octubre con las compañeras y las monjas.

Alguna que otra regañina por mal comportamiento, entrega de medallas, Santo Tomás, guateques con chicos de Aranjuez en la Biblioteca, con carabina por supuesto.

Muchos días “Cristinos” donde los antiguos alumnos nos visitaban y compartían unas horas con nosotras . Diez años dan para muchos recuerdos, buenos y malos.

Y pensé que la muerte de mi padre había cambiado mi vida por completo y que nunca sabría qué hubiera pasado si él se hubiera quedado con nosotras. Pero el balance de mi estancia en el Colegio había sido positivo.

Mi último recuerdo antes de bajar el último tramo de escaleras fue para mi madre.

Su vida también cambió en un instante y pensé en su sacrificio al desprenderse una a una de sus tres hijas para que tuviéramos una buena educación. En sus noches de soledad pensando en nosotras a la espera nuestras vacaciones para reencontrarnos. Y frente al espejo le di las gracias y le mandé un beso.

Salí y crucé el patio camino de la portería. Subí al coche con mis otras compañeras y emprendimos viaje a Madrid.

Muchos años después, mientras escribo estas líneas, me pregunto porque precisamente aquel día recordé todo esto. No lo sé exactamente. Quizá los 18 años son una buena edad para recordar.

Ahora me he convertido en antigua alumna. Soy Pínfana y Cristina, he vuelto a encontrarme con mis antiguas compañeras y he conocido otros pínfanos gracias a ese prodigio llamado Internet.

Nos reunimos una vez al año en nuestro día del Pínfano y pasamos un fin de semana maravilloso, en alguna de las ciudades donde hubo colegios. Todos tenemos mucho que contarnos y un vínculo que nos une.

Una noche de Agosto, en un instante, cambió el rumbo de mi vida, pero en el camino me encontré con la amistad, la comprensión, el sufrimiento que nos hace fuertes y a mi colegio de M<sup>a</sup> Cristina a quien debo mucho de lo que soy hoy.





**ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS DEL EJÉRCITO**

<https://www.pinfanos.es>

secretario@pinfanos.es  
c/ Joaquín Costa, 6  
28002 Madrid

Este libro se terminó de reeditar el  
veintinueve de abril de 2023



